
BOLSILIBROS
BRUGUERA
Selección TERROR
LA MUERTE
ES SUEÑO
Lou
Carrigan



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

452 – Hotel Infierno *Adam Surray*.
453 – Maquiavélica, *Frank Caudett*.
454 – La bahía del horror, *Joseph Berna*.
455 – Se vende un asesino, *Clark Carrados*.
456 – El pavoroso amante de Vivie, *Ralph Barby*.

LOU CARRIGAN

LA MUERTE ES SUEÑO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 457
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 28.284 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.

2ª edición: noviembre, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPITULO PRIMERO

El director de la empresa, míster Hodges, terminó de dictar la última carta, miró su reloj, y luego, a su secretaria, que tras tomar la última nota taquigráfica, alzó la cabeza y lo miró expectante.

Entonces, míster Hodges sonrió abiertamente.

—Nada más, Lilian. Me parece que tiene tiempo de enviar esas cartas antes de las cinco, ¿no le parece?

—Oh, sí... Desde luego, señor Hodges.

—Muy bien. Yo me iré dentro de unos minutos, así que sería conveniente que me trajera unas cuantas carias con el membrete de la compañía... Se las dejaré firmadas, según costumbre.

—Esta vez —sonrió Lilian Davis— me he permitido traer ya las cartas, señor Hodges.

Las depositó sobre la mesa, y míster Hodges parpadeó.

—Se lo agradezco —musitó—... Los viernes parece que tenga chinchetas en mi sillón: se me hace el tiempo eterno hasta la hora de salir para mi granja de Uxbridge.

—Me alegra ahorrarle unos minutos de chinchetas, señor Hodges.

Míster Hodges se echó a reír, y procedió a firmar las cartas en blanco. Tenía una confianza ilimitada en su secretaria. Llevaba ya tres años y pico con él, en todo ese tiempo, no había cometido jamás el menor fallo. Ni un solo fallo, o cualquier pequeño error tan frecuentes y normales en las secretarias. Ni uno solo. Lilian Davis era la imagen personificada por la pulcritud, la eficiencia, la puntualidad, la seriedad, la laboriosidad... Era la imagen viva de todo cuanto un hombre ocupadísimo, con mil cosas en qué pensar, podía pedir a una secretaria.

Y, cosa que tenía muy contento a míster Hodges, parecía que iba a tener secretaria para muchos años. Para cualquier hombre ocupado, cambiar de secretaria significa siempre, cuando menos, una molestia considerable. A míster Hodges, por ejemplo, se le habían ido marchando todas, por supuesto para casarse. Algunas, después de casarse, Habían seguido trabajando unos meses... Nueve o diez; algunas, incluso un par de años. Pero, claro, llegaba el primer niño, y el señor Hodges se quedaba una vez más sin secretaria.

Lo cual no parecía que fuese a ocurrir con Lilian Davis.

Y no porque fuese fea...

No, no. ¡Desde luego que no era fea! Pero...

Por un instante, míster Hodges alzó la mirada de las cartas en blanco, para dirigirla hacia su secretaria. Como siempre, ella estaba en el sillón de la izquierda, delante de su mesa, lo bastante cerca para oírle perfectamente, y lo bastante lejos para que fas posiciones de ambos quedasen definidas en todo momento... Nada de familiaridad. Cortesía, amabilidad, simpatía, sí. Pero nada más. Cosa que celebraba grandemente míster Hodges, pues era un

hombre serio. El trabajo es el trabajo. Además, si alguna vez tenía ganas de divertirse, sabía muy bien adonde y cuándo ir. A los cincuenta y cinco años de vida, un hombre ha aprendido muchas cosas, y, generalmente, si es un mínimo inteligente, lo que mejor ha aprendido es no complicarse la vida.

Cosa que, por otra parte, no parecía probable con Lilian Davis.

Sin darse cuenta, quizá aprovechando que ella estaba distraída contemplando uno de los cuadros de la pared, míster Hodges examinó una vez más, a miss Davis.

No, señor. No era fea. Tenía los ojos oscuros, y en contraste, el cutis muy claro, con algunas pecas, que le daban un aire extrañamente juvenil. Sin embargo, Lilian Davis había cumplido ya los treinta años. Es decir, la edad en que a una mujer se la empieza a considerar una solterona. Claro que aquella palabra no encajaba muy bien con Lilian... Era tan esbelta, tan frágil, delicada y elegante... Y bonita, sí. Tenía un encanto... muy especial, como escondido. Tan escondido, que hacía falta mucho tiempo y dotes de observación para darse cuenta de que, además de la seriedad, lo que estaba haciendo papilla la vida de Lilian Davis era una timidez que rayaba en la obsesión» Y era una lástima.

Sí, era una lástima, porque míster Hodges estaba seguro de que una velada con miss Davis tenía que ser forzosamente inolvidable. Era culta, discreta, correcta, elegante, de modales impecables... A su esposa, míster Hodges solía decirle que Lilian Davis le causaba un efecto parecido al de una aspirina, pero mucho más cómodo, ya que la aspirina había que ingerirla, y Lilian bastaba verla para que un hombre se sintiese tranquilo, sosegado, como sumergido de pronto en un extraordinario, fantástico, mundo de paz...

En resumen: Lilian Davis era, en primer lugar, la mejor secretaria que él podía desear, y, como mujer, casi valdría la pena de hacer una experiencia en un sentido íntimo que...

Míster Hodges casi respingó ante esta idea. ¿Estaba loco? No tenía la menor duda de que a la más pequeña insinuación en ese sentido, perdería irremisiblemente a la mejor secretaria que había tenido. No, no, no... Miss Davis era seria, formal, honesta... Asombroso, pero cierto. Lo cual, y conociéndola como la conocía ya, tenía convencido a míster Hodges de que cuando Lilian abriese al fin el paso a alguien, ese alguien quedaría maravillado, como deslumbrado ante una bella flor que se va abriendo lentamente...

—¿Ha olvidado alguna carta, señor?

Ahora, míster Hodges respingó al comprender que hacía unos segundos estaba siendo, a su vez, observando por Lilian.

—No... No, no... Perdóneme: me había quedado ensimismado pensando en mi perra... Va a tener cachorros.

—¡Oh! Me parece encantador, señor Hodges...

—Si... Es muy posible que dé a luz este mismo fin de semana. ¿No le gustaría verla?

Lilian Davis enrojeció intensamente.
—Yo...
—No es la primera vez que la invito a pasar el fin de semana a mi granja, Lilian. Mi esposa estaría encantada.
—Se... se lo agradezco mucho, señor, pero... Bueno, yo... los fines de semana estoy siempre muy ocupada...
—Ah, sí. Bien —acabó de firmar, y tendió las cartas a la secretaria—... Esto ya está. ¿Le gustaría que le regalase uno de los cachorros?
—Pues —Lilian Davis pareció desconcertada, cosa extraña en ella—... ¡Oh, sí, creo que me gustaría mucho!
—Tendré un gran placer en traerle uno —prometió míster Hodges—... Claro está, primero tendremos que esperar por lo menos., dos o tres semanas, pues la madre tendrá que amamantarlos. Después de dos o tres semanas, usted misma podría darle biberón al perrito.
—Pero yo estoy todo el día aquí, ahora que lo pienso. El pobre animalito estaría solo en mi apartamento...
— Oh, podría traerlo a los jardines de la empresa. Incluso podríamos construirle una caseta ahí abajo. Así, el animalito siempre estaría cerca de usted,
Inmediatamente de dicho esto, míster Hodges se hubiese abofeteado: acababa de decir con claridad meridiana que consideraba a Lilian Davis una solitaria solterona, o, como mínimo, que debía estar acompañada... aunque fuese de un perro. Había cometido tal falta de tacto, que, cosa que ya hacía años no le sucedía.
Pero, por fortuna, allá tenía a la secretaría perfecta, siempre en su sitio, siempre correcta, siempre inalterable con momentos que así convenía.
—Es una buena idea —dijo Lilian, mirando hacia otro lado, sin duda esperando que pasara el sofoco de su jefe—. Además, me han gustado siempre los animales...
—Eso es muy inglés —respiró aliviado míster Hodges—. Tendré presente mi promesa. ¿Cree que me necesitará para algo, Lilian?
—No, señor.
—Bien, pues..., feliz fin de semana. Hasta el lunes.
—Adiós, señor Hodges. Saludos a su esposa.
Lilian se puso en pie.
Salió del despacho de Hodges, y, al volverse tras cerrar la puerta, dando el primer paso para dirigirse al suyo, chocó tan fuertemente con algo que estuvo a punto de perder el equilibrio. No lo perdió a costa de soltar todos los papeles, el bolígrafo, el bloc de notas, y poder así apoyarse en la puerta con las manos hacia atrás.
Su respingo sonó unido al del hombre con el que había chocado, el cual, durante unos segundos, estuvo mirándola, un poco pálido, consternadísimo. Luego, se inclinó, recogió todas sus cosas, y se las entregó.
—Lo siento, señorita Davis —murmuró.

—No se preocupe —sonrió ella—... La culpa ha sido también mía, por salir distraída.

—No, no. Yo debí...

—¿Se le ofrece algo, señor Cunningham? —le alivió ella del resto de la explicación.

—Pues... sí. Sí. ¿Está míster Hodges?

—Según calculo, ya debe tener puesto el sombrero. Ya sabe: los viernes sale lo más pronto posible para ir a Uxbridge.

—Ah, sí. Sí, es verdad.

—Quizá yo pueda solucionar su asunto, señor Cunningham.

Sean Cunningham abrió la boca, como dispuesto a soltar un torrente de palabras... Pero se quedó así, mirándola fijamente. Como siempre. La verdad era que Lilian estaba un poco molesta con míster Cunningham, el contable jefe de la empresa... Es decir, el jefe de programadores de todo el complejo de cerebro brillante y fuera de serie. Sean Cunningham, a sus treinta y seis años, era considerado por todos los empleados de la empresa una especie de... monstruo mental. Sólo mental, porque, por lo demás, resultaba un hombre agradable, casi impresionante. Era tan alto, tan fuerte... Vestía siempre irreprochablemente, con una seriedad que quedaba subrayada por el negro bombín. Era una lástima que fuese tan moreno, con aquellos ojos tan oscuros, el cabello rizado...

Y además, era un hombre impertinente.

Sí, impertinente, porque siempre se quedaba mirándola, con aquella fijeza terrible. Lo había sorprendido así docenas de veces, pero, muy correcto, Sean Cunningham desviaba la mirada en cuanto ella se daba cuenta. Hacía poco más de medio año que había entrado en la empresa, y al principio, Lilian llegó a temer que él la detuviese cualquier día en un pasillo, o algo así. Sin embargo, el señor Cunningham había resultado ser, en definitiva, un perfecto caballero, y, salvo aquellas... extrañas miradas tan fijas, Lilian no podía tener en absoluto nada contra él. Oh, sí, otra cosa: Míster Cunningham parecía un témpano de hielo, inabordable, serio, aislado de todo y de todos. No. No le era simpático...

Tras lo que pareció una eternidad y fue solo un instante míster Cunningham cerró la boca, y desvió la mirada.

—No creo, señorita Davis. El asunto es para ser tratado directamente con míster Hodges.

—Si es tan importante, le diré que usted...

—No. No, no... Puedo esperar al lunes. No se trata de nada del trabajo, sino de una cuestión personal.

Lilian quedó estupefacta. ¿Una cuestión personal? ¿Podía tener cuestiones personales el imperturbable y casi robotizado míster Cunningham?

—En ese caso —intentó sonreír—, creo que no debemos retrasar la partida de míster Hodges hacia su granja, señor Cunningham. Si realmente puede usted esperar.,.

—Sí, sí, esperaré al lunes. Gracias, señorita Davis. Adiós.

—Adiós, señor Cunningham.

Este se retiró, y Lilian entró en su despacho. Un par de minutos más tarde, ya todo preparado para pasar a máquina la correspondencia dictada por míster Hodges oyó la puerta del despacho de éste, cerrándose... Feliz mortal. Tenía tres hijos, un apartamento en Londres, una granja en el campo... Debía ser un lugar maravilloso de verdad...

Lilian sacudió la cabeza, como lanzando lejos sus pensamientos, y se dedicó, con su habitual interés y eficacia al trabajo. Para eso estaba allí.

CAPITULO II

Terminó un poco más tarde de lo que había esperado, de modo que cuando salió a Kensington Road, eran casi las cinco y veinte. Bueno, ¿qué importaba?

El cielo de Londres estaba oculto tras los oscuros nubarrones que provocaban la eterna humedad. Delante de ella, al otro lado de Kensington Road, se veían los árboles de Hyde Park, que parecían casi de color negro. En las tardes de primavera y verano, y hasta las primeras de otoño, Lilian Davis solía ir y regresar del trabajo a pie, cruzando Hyde Park hacia Mayfair, donde tenía su apartamento. Un hermoso apartamento en un hermoso y tranquilo lugar. Quizá demasiado grande para ella, y, desde luego, un poco caro, pero míster Hodges había conseguido para ella un sueldo magnífico, y podía permitirse el lujo que representaba para una secretaria tener un apartamento en Mayfair. Un apartamento en un bonito edificio, con jardín y garaje privado, por supuesto, en el que sólo había dos pisos y la planta baja. Naturalmente, tenía unos vecinos adecuados, y...

Dejó de pensar y quedó con las manos subiéndose el cuello del abrigo: un poco más allá, Sean Cunningham, de pie ante un portal, impecable con su bombín, su bastón, su serio abrigo, y sus zapatos pulcrísimos, la estaba mirando. Fijamente, desde luego. Como siempre.

Al darse cuenta de que ella le había visto, se inclinó un poco, alzando su sombrero. Un muy cortés saludo de perfectísimo gentleman... Lilian movió los labios en una sonrisa que no sentía en absoluto, correspondiendo además al saludo con un movimiento de cabeza. Luego, echó a andar hacia donde había dejado el coche, sintiendo unas grandísimas tentaciones de volverse a mirar...

Consiguió dominarse hasta llegar al coche. Entonces, mientras abría la portezuela, sí miró de reojo hacia donde estaba Sean Cunningham... Es decir, hacia donde había estado. Había desaparecido.

«Me pone nerviosa... —pensó Lilian—. No sé por qué, pero ese hombre me pone nerviosa de verdad.»

Se dispuso a entrar al coche, y, justo entonces, volvió a suceder.

Aquel... silbido, o lo que fuese.

Lo que fuese.

Pero parecía un silbido, que iba aumentando de tono; algo que podía estar rasgando el aire, quizá. Un silbido que empezaba muy tenuemente, y que iba aumentando de volumen, creciendo, para finalmente, de pronto, cesar. Hacía dos o tres semanas que venía sucediéndole esto, con cierta frecuencia... De pronto, comenzaba a oír aquel silbido extraño, inquietante, que duraba unos pocos segundos. Lo había oído en su apartamento, en la calle, al salir de un cine... Varias veces ya. Pero el silbido en sí no habría resultado inquietante a no ser porque solamente ella parecía oírlo.

Esto era, lo inquietante, lo asombroso.

Miró a su alrededor. Cerca de ella había tan sólo un anciano encorvado, que se había detenido para leer con más atención el periódico. ¿Sería sordo? Muchos ancianos pierden grandemente la facultad de oír... El silbido fue creciendo. Era un silbido que impulsaba a mirar hacia el cielo, no sabía por qué. Y, como las otras veces, ella miró hacia el cielo. Luego, de pronto, miró al anciano, que seguía leyendo el periódico, ahora caminando lentamente, siguiendo su camino...

Sí. O el anciano era sordo, o, como las otras veces, sólo ella podía oír aquel silbido,

De pronto, cesó.

Lilian Davis suspiró, y su mano derecha, que se había crispado en la manilla de la puerta del coche, se relajó. Abrió, se sentó ante el volante, y quedó inmóvil, con expresión absorta.

«Debería ir al médico... .—pensó—. Quizá tenga algo en los oídos. ¿Y si fuese un tumor, o algo parecido...? Lo voy oyendo cada vez con más frecuencia... Sí, podría ser un tumor en la cabeza... ¡Dios mío! ¿Será posible que yo tenga un tumor...?»

Estaba mirando ahora en dirección al edificio donde trabajaba, y, de pronto, del portal donde antes había estado Sean Cunningham, vio salir a éste, con un cigarrillo recién encendido. Parecía un poco nervioso.

«¿Nervioso él? —Se sorprendió Lilian—. Imposible.»

Lo vio acercarse. Cunningham caminaba por la acera despaciosamente, como vacilando. Desde luego, resultaba impresionante... Tan alto, tan fuerte... Parecía que se dirigía hacia el coche de ella. Sí, seguro... Eso estaba haciendo. Y ella lo estaba mirando, tensa, expectante, un poco rápida, con los ojos muy abiertos... ¿Quería decirle algo míster Cunningham? ¿Quizá hablarle de algo relacionado con el trabajo...?

Pero, de pronto, cuando ya estaba muy cerca del coche, míster Cunningham volvió a tocarse el sombrero, y siguió su camino, sin haberse acercado al coche. Lilian se dio cuenta de que tenía las manos agarrotadas al volante, y, con un esfuerzo, se relajó.

«No sé por qué me pone tan nerviosa... —pensó—. No lo entiendo. Aunque me resulte antipático, es educado, muy correcto... Y muy atractivo, desde luego. Es un perfecto caballero... Pero me inquieta.»

Con su habitual gesto de lanzar lejos los pensamientos molestos, Lilian movió enérgicamente la cabeza. Luego, puso el coche en marcha, y partió hacia Mayfair.

CAPITULO III

Cuando llegó, ya había oscurecido sin remisión. Una oscuridad gris y húmeda.

Descendió al aparcamiento privado del edificio rodeado de jardín, y, ya antes de detener el coche, oyó la risa femenina. Una sonrisa apareció en los labios de Lilian... Seguro que quien reía era Frances Ashenden, la vecina de arriba, de encima de su apartamento. Vivía con su abuelo, un vejete algo cascarrabias, pero que le resultaba muy simpático a Lilian. Todo un caballero, desde luego. Y ella, Frances, ¡era tan bonita y tan joven...! Con lo cual, no era de extrañar que tuviese un novio como Richard... Richard Hendrix, sí. Se lo había presentado algunas semanas antes: era un muchacho alto, rubio, bello, simpático, que siempre reía... Lilian lo había definido como la imagen indiscutible del clásico *playboy*, sin preocupaciones, siempre dispuesto a reír y a divertirse...

Y era rubio, rubio, muy rubio... De modo que no parecía tan... sombrío cómo míster Cunningham.

«¿Por qué estoy pensando en míster Cunningham?», se preguntó.

Cuando detuvo su coche en su zona, ya había visto a Frances y a Richard en el coche de él. Ahora no reían: se estaban besando... Pero ella se apartó de pronto, volvió a reír, y le amenazó risueña con un dedito. Sí: Frances Ashenden era graciosa, tenía que admitirlo. Es decir, todo lo contrario que ella, siempre tan seria y formal, tan metódica, tan...

—¡Lilian! —Llamó Frances—. ¡Hola, Lilian!

Se escapó de los brazos de Richard Hendrix, y salió del coche, corriendo hacia el de ella. Lilian se apeó, procurando sonreír.

—Buenas tardes, Frances —saludó—... Lamento haber llegado en este momento, pero...

—¡Oh, vamos, no seas niña! —Protestó Frances—. No tiene la menor importancia... Es natural que Richard y yo nos besemos, ¿no?

—Sí —musitó Lilian—... Claro, es natural.

—Hoy está insoportable —rió Frances Ashenden, maliciosa—. No sé qué le pasa... ¡Richard, ven! ¡No esperes que vuelva al coche!

El rubio y simpático Richard Hendrix salió del coche, refunfuñando. Pero ni siquiera así podía parecer antipático. Se reunió con ellas, y tendió la mano a Lilian,

—¿Cómo está, señorita Davis? Hace días que no nos vemos.

—Bien, gracias.,.

—Pero cada día —Hendrix alzó un dedo sentenciosamente— está usted más bonita. ¡Palabra de honor!

Lilian enrojeció, y Frances se echó a reír.

—Haz el favor de no molestar a Lilian, Richard...

—No —murmuró Lilian—... No me molesta, de veras...

—¡Claro que no! —Exclamó Hendrix—. Todavía no he conocido a ninguna mujer que le moleste que le digan que es bonita. Además, miss Davis sabe que mi intención...

—Dick: vas a conseguir ponerme celosa —protestó Frances.

—¿De mí? —respingó Lilian

La pareja se echó a reír alegremente. Y en seguida, Hendrix aseguró:

—De nadie con más motivos, señorita Davis. Para un hombre que tenga ojos en la cara, y cerebro debajo del bombín, usted es... un bocado exquisito, si me permite la expresión.

—¡Richard! —pareció enfadarse Frances.

Lilian estaba tan aturdida que no supo qué decir. No sólo aturdida por las palabras de Richard Hendrix, sino por la imagen que éstas habían provocado en su mente: unos ojos inteligentes, negrísimos, fijos en ella, y un sombrero que se alzaba... ¿Era un bombín, un hongo...?

—¿Le ocurre algo, Lilian?

Miró sobresaltada a Frances, que la contemplaba ahora con seriedad, como preocupada. Incluso el siempre riente Hendrix la miraba como sorprendido.

—No... no, no... nada.

—¿Se encuentra bien? —Musitó Frances—. Se ha puesto un poco pálida, Lilian.

—Estoy bien... sí, estoy bien, gracias. Es que...

Calló de súbito. Allá estaba el silbido otra vez... Otra vez. Sí, seguro. Primero suave, luego aumentando el volumen... Algo rasgando el aire. ¿Podrían ser...? Sí, parecía el silbido que producen las bombas al caer. Lo parecía. Lo había oído muchas veces en el cine, pero, en esas ocasiones, las demás personas también lo habían oído... El silbido aumentaba de volumen, aumentaba, aumentaba... Y al final no había explosión, como en las películas.

De pronto, cesó.

Por completo.

Miró a Frances y a Richard, que la miraban evidentemente impresionados, casi asustados. Se dio cuenta de que tenía los ojos desorbitados, la boca crispada...

—¿De verdad está bien? —susurró Frances.

—Sí... Creo que sí. ¿No han oído nada?

—¿A qué se refiere? —preguntó Hendrix, muy serio ahora.

—Pues... un silbido. Un silbido como de una bomba cayendo, o algo así. A lo mejor, algún coche, o...

La pareja de enamorados cambiaron una mirada de desconcierto.

—Bueno... Quizá —murmuró Hendrix—... No sé. Quizá sí...

—No digas tonterías, Dick —censuró Frances—: no hemos oído nada. Al menos, yo no he oído nada. ¿Tú sí?

—Pues la verdad es que... no. Lo siento, miss Davis. Sólo quería... Escuche, usted no se encuentra bien... Puede que esté resfriada, o... ¿Quiere que llamemos a un médico?

—No. No es nada.

—A veces, cuando uno está muy acatarrado, oye silbidos —deslizó amablemente Hendrix—. Al menos, a mí me ha ocurrido varias veces.

—Y a mí —apoyó sin gran entusiasmo Frances.

—Eso debe ser —aceptó Lilian, para no alargar la conversación—. Bueno, hasta luego. Voy...

—¿Por qué no sube á tomar una copa con nosotros? —Propuso Hendrix—. Tengo entendido que le resulta usted simpática al viejo cascarrabias. Y si está usted, nos hará menos caso a nosotros. ¡Es el tipo más gruñón que...!

—Ya está bien, Dick —cortó Frances, risueña—... Pero la idea es buena. Suba, Lilian. A mi abuelo le gusta usted.

—¡Y a mí! —Exclamó Hendrix—. ¡Y todavía está por nacer la mujer que me diga que no!

—Eres un presuntuoso —rió Frances—. ¿Vamos, Lilian?

—No, no. Yo no quisiera...

—Pero, querida, no debe ser así... Somos vecinos y amigos, usted es una persona encantadora... ¿O es que tiene algo contra mi abuelo y contra mí!

—¡Claro que no! —exclamó Lilian, atónita.

—¿Y contra mí? —se interesó Hendrix.

—Pues tampoco... Oh, esto es una tontería... Parecemos niños. Está bien, sí: tomaré esa copa con ustedes. Quizá he trabajado hoy demasiado, y me irá bien distraerme.

—No debería vivir tan sola —recomendó Frances—...

Y no me diga que es incapaz de encontrar compañía, Lilian.

—No sé. Nunca lo he intentado, porque... Bueno, quizá sea demasiado exigente, y...

—¡Acabáramos! —Rió Hendrix—. ¡Lo que usted está esperando es un príncipe azul! Algo así como yo... ¿No?

—Por lo menos, señor Hendrix —rió Lilian, nerviosa—, puedo asegurarle que me gustan los rubios.

Se echaron a reír los tres, y se dirigieron a la escalera interior, que los condujo hasta el vestíbulo del edificio, al pie de la escalera que iba hacia los apartamentos.

CAPITULO IV

Lilian cerró la puerta de su apartamento, y se apoyó en ella, todavía sonriente. Bueno, había pasado un rato delicioso, ésa era la verdad...

«Richard es muy simpático... —pensó—. Y Frances también. Espero que no se tome en serio las bromas de Richard conmigo... ¡Qué tontería! Y míster Ashenden es muy amable. Bueno, un poco gruñón, eso sí es cierto, pero a mí me cae muy bien... Muy bien. Creo que aceptaré su invitación a subir de cuando en cuando a charlar un rato...»

Encendió la luz, y su ceño se frunció en el acto.

«Bien: ya estoy aquí.»

Ya estaba allí. Un precioso apartamento, bien decorado y amueblado, grande, magnífico. Parecía... una casa de muñecas magníficamente cuidada. Era... como una bombonera, según la expresión que había oído no sabía a quién, ni cuándo ni dónde. Sí, una bombonera... vacía.

«Me gustaría saber si Richard puede llegar a pensar de mí que soy... un bombón. El es tan atractivo, tan alegre... Seguro que conmigo lo pasaría aburridísimo, porque...»

¡Allí estaba otra vez!

El silbido.

Agudo, lejano, aumentando de tono...

Echó a correr hacia el tocadiscos, puso el primero que encontró a mano, y le dio quizá demasiado volumen. Al menos, lo suficiente para dejar de oír el silbido. Ya no lo oía... ¿Había cesado o era debido a la música, que ahogaba cualquier otro sonido...? Alzó el brazo del tocadiscos, y se hizo un súbito silencio: ni música ni silbido.

«Pero... ¿qué me pasa? ¿Qué me ocurre, qué es esto...?»

Se acercó al ventanal, y apoyó la frente en un cristal. Estaba jadeando. Estaba asustada. Tenía que admitir que...

Sus ojos se abrieron desmesuradamente al ver al hombre. Estaba en la calle, al otro lado, mirando hacia allí, hacia su ventana iluminada. Siempre impecable, correctísimo, con su bastón, o paraguas, o lo que fuese... Y su sombrero hongo, o bombín, o lo que fuese...

Con un contenido alarido, Lilian se apartó de la ventana, y se apoyó en la pared, de cara al centro del living, todavía desorbitados los ojos. Por el amor de Dios... ¿qué hacía allí Sean Cunningham? ¿La había seguido? ¿O no era él? Desde luego, si no era él, ella se estaba portando como una niña asustadiza y obsesionada. No. No podía ser él... Aunque, ciertamente, para Cunningham no debía presentar ningún problema averiguar su domicilio en las oficinas: 44, Growvenor Street, Mayfair. Ninguna dificultad. Pero... ¿Qué quería aquel... robot?

Corrió a apagar la luz, y regresó a la ventana. Miró hacia el otro lado de la calle, con grandes precauciones. A derecha, a izquierda...

«No está... ¡Ya no está!»

Se llevó las manos a la cabeza. ¿Acaso veía alucinaciones? Claro que quizá había bebido demasiado arriba... Quizá era eso. Pero ella estaba segura de haber visto allí delante a Sean Cunningham: no podía confundirlo con ningún otro hombre; esto era total, completamente imposible...

El timbre de la puerta la hizo saltar, sobresaltadísima. Se quedó mirando en la oscuridad hacia la puerta pintada de blanco. Se sentía... mareada, aturdida...

«Lo que me pasa es que estoy aterrada —acertó a pensar—. Pero... ¿por qué? No hay motivo alguno...»

La llamada a la puerta no se repetía. Esperó un minuto, dos... Luego, se acercó, y con todo cuidado apartó el medallón que ocultaba la mirilla. Aplicó los ojos, centró la visión... y dio un respingo y saltó hacia atrás, ya definitivamente aterrada: el rostro que acababa de ver era el de Sean Cunningham.

¿Más visiones? ¡Imposible!

Tragó saliva, y se acercó a la puerta. Vaciló y preguntó, con voz tensa:

—¿Quién es?

Cerró los ojos. ¿Quién podía ser, sino Sean Cunningham?

Tras unos segundos de silencio, volvió a abrir los ojos. No le habían contestado. Repitió la pregunta, pero de nuevo su voz sé perdió en el vacío, en el silencio. Todavía vaciló otro minuto más antes de volver a acercar el ojo a la mirilla.

No había nadie afuera.

Casi tambaleándose, recorrió a oscuras el living y se dejó caer en un sillón, inclinándose hacia delante, hundiendo el rostro en las manos.

«Debo estar enferma... —se estremeció—. Algo me está pasando. Ese silbido... El lunes iré al médico. Seguro que tengo un tumor... O algo peor. ¿Y sí fuese...?»

¡TRILIIIIIGGGG...!, sonó el teléfono.

Y Lilian Davis pegó un salto tan violento que fue a caer de rodillas al suelo, golpeándose en el pecho con la mesita donde estaba el aparato, que volvió a sonar.

Y otra vez. Y otra..., bajo la desorbitada mirada de Lilian, por detrás de la cual llegaba la luz de la calle.

Alzó el auricular, de pronto, con mano temblorosa. Temiendo una nueva sorpresa.

—Diga —casi gritó.

Hubo un brevísimo instante de silencio de más. Pero, en seguida en el aparato sonó la voz, inconfundible, grave, profunda:

—Miss Davis, soy Sean Cunningham. Hace unos minutos llamé a su puerta, porque creí haber visto luz. Quisiera explicarle...

¡Clac!, colgó el auricular Lilian, con seco golpetazo.

Luego, se quedó mirando al teléfono, con expresión de espanto. Pero... ¿Qué quería aquel hombre? ¿Qué quería de ella, por qué hacía esto...?

«Me encuentro muy mal... Estoy muy mal, me duele la cabeza...»

Con la mirada perdida. .

Todavía continuó allí tres o cuatro minutos, esperando y temiendo que el teléfono volviese a sonar, cosa que no sucedió.

Se puso en pie, y fue a su dormitorio. Encendió la luz de la lamparilla de noche y se dejó caer en la cama. Le ardía la frente...

—El lunes iré al médico —se dijo—. El lunes sin falta.

CAPITULO V

Despertó de pronto. Abrió los ojos. Todavía tardó unos segundos en situarse mentalmente. La oscuridad era total, y lo mismo el silencio. Un silencio absoluto, perfecto.

Sí, eso era: se había quedado dormida sobre la cama, todavía vestida. ¿Qué hora debía ser? Apoyó las manos junto al cuerpo, para incorporarse, y con la derecha tocó algo duro y frío, largo... Lo tomó y se sentó en la cama, desorientada al notar cómo la manta resbalaba desde su pecho. ¿Se había tapado? No lo recordaba...

Dio la luz de la lamparilla, y parpadeó al comprobar que estaba acostada, en camisón, cubierta por la manta y la sábana, como siempre.

Entonces, miró aquello que había tocado en la cama junto a ella, y que sostenía en la mano derecha. Primero se quedó atónita, incrédula, o quizá, más bien, en blanco su cerebro.

Luego, éste volvió a funcionar.

Lo que ella tenía en la mano era un brazo.

Un brazo humano, un brazo de hombre, había sido cortado por la articulación del hombro, y... y estaba allí. Lo tenía ella en su maño derecha, lo estaba mirando. El muñón era horrible, los dedos estaban engarfiados. Un brazo fuerte, velludo. Un brazo de hombre. Miró su propia mano, y la vio manchada de sangre. Y la izquierda también... Y las sábanas, junto a ella. Y el camisón.

—¡Aaaaa... aaa... aaaAAAAAAAAAAAA...!

El grito, siempre creciente, llegó al paroxismo, hasta el límite de potencia de sus cuerdas vocales, para cortarse de improviso, romperse como algo tangible, en miles de pedazos. El brazo amputado fue lanzado lejos, hacia el otro lado del dormitorio, y Lilian saltó de la cama, ahora muda de espanto, lívido y demudado el rostro, desorbitados los ojos... que se posaron sobre las ropas que había llevado aquel día y que estaban sobre el silloncito, de cualquier manera, y se veían en ellas manchas de sangre. Desde allí, la desorbitada mirada de Lilian Davis fue al brazo caído en el suelo, de nuevo a las ropas, de nuevo al brazo... El mundo dio un millón de vueltas. O quizá fue su cabeza...

Se encontró arrodillada en el suelo, con las ensangrentadas manos sobre la alfombra. Estaba oyendo voces... Sí, oía voces: la estaban llamando. Oía voces, y golpes en la puerta de su apartamento, y el timbre de éste, sonando con insistencia.

Se puso en pie, y caminó hacia la puerta.

—¡Lilian! —Oyó la voz de Frances Ashenden—. ¡Lilian, conteste!

—¿Qué quiere? —inquirió con chillona voz Lilian.

—Hemos oído un grito terrible... ¡Abra la puerta!

—Un momento...

Regresó corriendo al dormitorio, y se puso una bata. Miró sus manos llenas de sangre seca, y corrió hacia el cuarto de baño, donde se las lavó, restregándolas con fuerza. Bastaba con lavarse superficialmente, de momento... Su cerebro estaba funcionando como ella jamás había sospechado. En realidad, ni se daba cuenta de lo que estaba haciendo... Se secó las manos, se anudó el cordón de la bata, y fue a abrir.

—¡Lilian! —Exclamó Francas—. ¿Qué le ocurre?

—Nada... Nada —se dio cuenta de que, además de Frances, estaban los vecinos, de los otros dos apartamentos, todos en bata y pijama o camisón, mirándola sobresaltados—... No me pasa nada.

—Pero hemos oído un grito espantoso —tartamudeó mistress Dowlin, con voz aguda—... Oh, Dios mío, qué susto tan...

—He... he tenido una pesadilla... Siento haberles molestado...

—¿Podemos pasar? —Pidió Frances—. Esta tarde no estaba usted muy bien, y quizá...

—Estoy bien, gracias.

—Le traeré coñac... —empezó míster Dowlin.

—No, no... De veras estoy bien. Ya les digo que ha sido una pesadilla. Por favor... No quisiera molestarles más. Perdonen el susto que les he dado.

—Bueno —intentó sonreír míster Parsons—... ¿Quién no ha tenido pesadillas alguna vez? ¿De verdad no podemos ayudarla, miss Davis?

—De verdad. Son muy amables... Buenas noches.

Hubo una ligera vacilación, pero todos comenzaron a retirarse de delante de la puerta de Lilian, murmurando comentarios excitados sobre pesadillas, el terrible grito... Frances permaneció ante la puerta, contemplándola con preocupación y afecto.

—¿Quiere que pase a prepararle una taza de té? —se ofreció—. En casos así...

—Yo misma lo haré. Gracias. Frances... Buenas noches.

—Querida, si no está bien es una tontería que...

—Estoy perfectamente ahora.

—Bien —pareció algo ofendida Frances—... Buenas noches.

—Adiós.

Cerró la puerta, y quedó apoyada en ella. Alzó las manos para pasárselas por la cara, pero se quedó inmóvil, mirándolas... ¿Y si en realidad hubiese sido todo una pesadilla? ¿Y si en aquel momento estaba teniendo una pesadilla? A lo mejor estaba dormida, soñando todo aquello...

Se aseguró de que había cerrado la puerta con el cerrojo suplementario, y volvió al dormitorio. No había soñado nada: allí estaba el brazo. Y las ropas manchadas de sangre... Se abrió la bata, y contempló las manchas que también tenía en el camisón. Se sentó en los pies de la cama y quedó inmóvil. Por primera vez desde que había ocupado aquel apartamento meses atrás, se dio cuenta de que desde allí oía el reloj del living; aquel reloj dorado, tan bonito...

Tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac...

Se sentía fría, como congelada.

«¿Qué ha pasado? —se preguntó—. ¿Qué ha podido pasar?»

Dedicó unos minutos a pensar. Es decir, a intentar pensar. Pero no podía pensar nada. Sencillamente, ella tenía manchas de sangre en sus ropas de calle, en las de dormir, en la cama, en las manos.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac, tic-tac...

Se puso en pie, y se dedicó a recoger todo lo que encontró manchado de sangre, apilando .sobre la alfombra sus ropas, las sábanas..., Todo. Sin mirar ni siquiera una sola vez hacia el brazo, cuya mano, como una garra, dirigía los dedos hacia arriba. Se aseguró bien de que no quedaba en el dormitorio nada manchado, cargó con todo, y fue a la cocina. Dio la luz, abrió la lavadora automática, y tiró dentro toda la ropa. Lo primero que haría por la mañana, sería lavar la ropa. Pensó en hacerlo aquella misma noche, pero en aquel silencio los vecinos lo oirían.

Ding... Ding... Ding..., sonó el reloj del living.

«Las tres... Pensarán que estoy loca si pusiera en marcha la lavadora a estas horas.»

La cerró, y se volvió, dispuesta a ir al cuarto de baño. Se bañaría, desde luego... No dejaría en sus manos, en todo su cuerpo ni una sola gota de sangre.

Estuvo a punto de volver a gritar cuando vio el cuchillo de cocina, sobre el mármol. Estaba lleno de sangre ya seca. También en el mármol había sangre... Sus pensamientos iban y venían velozmente, dispares, encontrándose, cruzándose...

«El camisón también», —recordó.

Se quitó el camisón, quedando desnuda por completo. Lo metió también en la lavadora. Luego, volvió a mirar el cuchillo. Ya no sentía nada. Estaba como embotada. Pero no tanto que un pensamiento dejara de acudir a su mente:

«¿Le he cortado un brazo a un hombre? ¿A quién? ¿Cómo he podido hacer semejante cosa?»

Tenía la impresión de que su mente funcionaba y dejaba de funcionar... Era eso; su mente se abría, se cerraba, se abría... Se encontró de pronto admirándose de sí misma. Había tenido una sangre fría extraordinaria, se había dominado.,. Nadie,, ninguno de los vecinos, había podido sospechar la cosa tan horrible que había hecho la tímida señorita Lilian Davis. ¿Cómo había podido controlarse? ¿Instinto de conservación?

Lavó el cuchillo a conciencia durante más de cinco minutos. No sentía nada, estaba funcionando como... un robot.

La imagen de Sean Cunningham acudió a su mente, sobresaltándola. A continuación llegó otro pensamiento:

«¿Cómo he podido hacer eso? ¿Y cuándo? ¿Cuándo le he cortado el brazo a un hombre?»

Secó el cuchillo, lo puso en su sitio, y fue al cuarto de baño. Abrió el grifo

del agua caliente, tras taponar la bañera. ¿De quién era aquel brazo? ¿De dónde lo había sacado ella? ¿Había salido de su apartamento, había caminado por Londres sin saberlo, y había cortado el brazo a un hombre?

¿Y para qué quería ella un brazo de hombre?

—¿Qué hago con él? —musitó—. ¿Qué hago con ese brazo?

Se metió en la bañera, suspirando con agrado, a medida que su cuerpo se iba sumergiendo en el agua caliente.

¿Qué se podía hacer con un brazo de hombre?

Terminó de bañarse, se secó lentamente, se puso el albornoz, y volvió al living sin encender la luz. Pero llegaba la de la calle, iluminando su rostro, el contorno de los muebles, perfilando los cuadros... Allí estaba, en su «bombonera», sola,., con un brazo de hombre.

Encendió un cigarrillo, y se recogió en el sillón. Se sentía serena. Increíblemente serena.

¿Qué se podía hacer con un brazo de hombre?

Desde luego, no podía quedarse con él.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac...

CAPITULO VI

Sus esperanzas de no encontrar a nadie a la mañana siguiente resultaron fallidas. Míster y mistress Dowlin estaban allí, cargando algunas cosas en el coche, y, al verla aparecer, se le acercaron con gesto solícito.

—Ah, miss Davis... ¿Cómo está? —Exclamó mistress Dowlin—, ¿Se encuentra mejor?

—Sí, muchas gracias.

—Nos dio un buen susto esta noche —sonrió míster Dowlin—. Caramba, miss Davis, su pesadilla debió ser terrible.

—Sí, debió serlo —sonrió Lilian,

—Seguramente, de monstruos y cosas así, ¿no?

—Por fortuna, ya no la recuerdo.

—Sí que es fortuna, desde luego. ¿Se va fuera de la ciudad? —señaló míster Dowlin el bolso de Lilian, grande y sólido.

—Sólo el día de hoy —se mantuvo muy serena Lilian—. Creo que un día paseando en coche y comiendo en cualquier lugar agradable me sentará bien.

—¡Por supuesto que sí! Todos deberíamos aprovechar los fines de semana para pasearnos por el campo, y gozar de la naturaleza. Nosotros nos vamos hasta mañana por la noche con nuestra hija, a Basingstoke. Ella tiene una bonita casa allí... Algún día debería acompañamos, miss Davis. Sería muy bien recibida.

—Se lo agradezco mucho, señor Dowlin, pero... su hija no me conoce, y quizá nuestros gustos sean tan diferentes que...

—¡Por favor, miss Davis! —Protestó el amable míster Dowlin—. Mire, cuando supimos que el último apartamento del edificio lo iba a ocupar una joven bonita, que además era secretaria particular, la idea no nos gustó mucho... Usted ya sabe: Mayfair es un poco exclusivista, ¿comprende? Pero, en la actualidad, consideramos que es muy agradable tenerla como vecina, i Tengo entendido que incluso míster Ashenden siente simpatía por usted...!

Se echaron a reír los tres, cambiaron unas cuantas frases más, siempre rebosantes de amabilidad, y los Dowlin partieron hacia Basingstoke.

Lilian colocó el bolso en el portamaletas de su coche, y, ya sin más encuentros ascendió por la rampa del garaje, salió a Growvenor Street, y se congratuló de la calma del sábado. Habría sido mucho más complicado si las cosas hubieran sucedido en un día no víspera de festivo.

Como siempre, pasó por Roosevelt Memorial Square, hacia North Audley Street, y por ésta llegó a Oxford Street, que siguió hacia Marble Arch, y desde allí hacia el norte, Edgware Road... Sí, norte. Podía ir hacia Hendon... Era un lugar tan bueno como cualquier otro. Había carreteras de segundo orden, caminos, lugares apacibles...

Dos horas más tarde, estaba en uno de esos lugares apacibles. Había un clima de triste nostalgia en el ambiente, quizá debido a lo debilísimos rayos

del sol. Buscó un lugar asegurándose que nadie la vería allí, detuvo el coche, se apeó, y sacó el bolso, cargada con el cual se introdujo en el bosquecillo, sintiendo cada vez más intensamente un frío penetrante y lento. Por fin, eligió el lugar.

Dejó el bolso en el suelo, se arrodilló junto a él, y lo abrió, sacando el paquete envuelto en periódicos. Tenía el tamaño y forma de un balón de rugby, quizá algo más grande. Desde luego, no había sido fácil trocear aquel brazo de hombre... Unas finas gotitas de sudor aparecieron en su frente, pese al frío que cada vez se iba metiendo con más fuerza dentro de ella. Pero estaba serena. Muy serena.

En un silencio absoluto, comenzó a cavar el agujero, utilizando el primer tenedor del juego de seis que se había llevado... La labor le llevó casi un cuarto de hora, pues la tierra estaba húmeda, prieta. Por fin, pudo meter el paquete con el brazo troceado en el hoyo, lo tapó, apretó bien la tierra, arrancó unas matas, y las colocó encima.

Luego, volvió al coche, y se alejó. Jamás en su vida volvería a aquel lugar. Jamás.

«Lo que tengo que hacer ahora —pensó— es irme a algún lugar agradable a pasar el día.

CAPITULO VII

—¿Quién es?

—Soy Frances, Lilian.

Abrió la puerta, sonriendo, y Frances Ashenden y Richard Hendrix entraron en la «bombonera», mirándola expectantes.

—Hola, —saludó Lilian, risueña.

—¿Se siente bien? —Se interesó Frances—. Bajé esta mañana, pero ya no estaba...

—Me fui a pasar el día por ahí, paseando con el coche, almorcé en una posada deliciosa, cerca de Romford... ¿Quieren tomar algo?

Cerró la puerta, y señaló el sofá. Frances se sentó, pero Richard permaneció en pie, todavía mirándola con afectuosa atención,

—Caramba —dijo por fin, sin su habitual tono humorístico— Celebro que se encuentre bien del todo, Lilian. Frances me ha dicho que anoche les dio a todos el gran susto de sus vidas.

—Más me asusté yo... —rió Lilian—. Estoy un poco avergonzada, lo confieso.

—Pues si fue una pesadilla, no debe avergonzarse demasiado... —sonrió por fin Richard Hendrix—. Recuerdo que de niño mis padres me llevaron a ver una vez una película de monstruos de Frankenstein, y le aseguro que tardé semanas en poder dormir bien, se me aparecía el dichoso monstruo todas las noches en mi ventana, y luego se acercaba a mí, caminando con sus pesados pasos, pom, pom, pom... Era horrible. Creo que fue en aquella época cuando decidí que para las noches me buscaría una compañía más agradable.

—Oh, vamos, Dick —rió Frances.

Pero Lilian también rió. Les sirvió whisky con hielo, y comenzaron a charlar. Puesto que ella parecía estar perfectamente, el rubiales Richard Hendrix inició su larga serie de bromas más o menos chispeantes y pasaron un buen rato juntos. Fue al comenzar a despedirse cuando los visitantes se interesaron de nuevo por Lilian, comentando una vez más el asunto de las pesadillas...

—Y a propósito de cosas de ésas —dijo de pronto Richard—, anoche sucedió algo horrible en Londres, Lilian.

—¿Qué sucedió?

—Pues a un hombre...

—Vaya, Dick, ¿no podrías hablar de otra cosa? —protestó Frances.

—¿Por qué? Ya somos mayorcitos, ¿no? De todos modos, quizá tengas razón. A una persona que tiene pesadillas, no...

—¿Qué ocurrió anoche en Londres? —Susurró Lilian—, Me gustaría saberlo.

—Asesinaron a un hombre —encogió los hombros Richard— Pero es lo de menos. Parece que fue algo en verdad horrendo: lo apuñalaron y luego... le

cortaron un brazo... Lo he leído en el... ¿Qué le ocurre, Lilian?

—Dios mío... —consiguió murmurar Lilian— ¡Eso es horrible!

—Sí, espantoso... —refunfuñó Frances—. Vámonos, Dick. No has debido comentarlo. Oh, Lilian, casi me olvido: Dick y yo nos vamos mañana a pasar el día con unos amigos suyos, así que mi abuelo va a quedarse solo. Bueno, no quisiera molestarla, pero...

—Si él no está bien, con gusto cuidaré de que...

—No, no... —Rió Frances—. ¡Está fuerte como una barra de hierro! Oh, querida, no conoce a mi abuelito... Es poco probable que él acepte una enfermera, o algo parecido. Sus exigencias son mucho mayores: me ha dicho que le pida que suba a almorzar con él, y a charlar un rato por la tarde... Usted le gusta mucho, ya lo sabe.

—Dígale que acepto encantada.

—Cuidado con él —guiñó un ojo Richard—, es un vejete peligroso... para las chicas bonitas.

Una vez más rieron los tres. Segundos después, la pareja de enamorados se había marchado, y Lilian estuvo de nuevo sola. Siempre sola, con aquel tic-tac, tic-tac... Iban a dar las siete y media de un momento a otro.

«Cenaré algo y me iré al cine... —pensó Lilian— Necesito distraerme, no pensar...»

Fue a la cocina, y se preparó la cena. Olía estupendamente. Con seguridad, muchas mujeres casadas querrían saber cocinar como ella. Sólo que las mujeres casadas no disponen de mucho tiempo para dedicarse a leer libros de cocina durante horas, o escuchar música, o...

De pronto, sintió como un golpe de frío helado en todo el cuerpo. Miró con ojos desorbitados el plato que se había preparado, se volvió de espaldas, y se estremeció en violentísima arcada. Los ojos se le llenaron de lágrimas...

Justo en aquel momento fue cuando Lilian Davis perdió por completo toda la serenidad de que había estado haciendo gala.

CAPITULO VIII

—Bueno... —oyó—. Ya no hay nada que temer. Sin embargo, será mejor que permanezca en cama algunos días. Volveré mañana, pero estoy seguro de que ya no me necesita... De todos modos, ya saben mi teléfono, por si ocurriese algún imprevisto...

Oyó los pasos, alejándose. Había abierto los ojos, pero sólo veía el techo. Se sentía incapaz de mover la cabeza. Por fin lo consiguió, con un esfuerzo que le resultó casi doloroso. Parpadeó, asombrada, al ver a la persona sentada en una silla junto a la cama, mirándola atentamente afectuosamente.

—Señor Ashenden... —murmuró.

¿O lo estaba soñando? Desde luego, parecía míster Ashenden, el simpático vecino de arriba. Sí, allí estaba, con sus sonrosadas mejillas, sus blancos cabellos siempre tan bien recortados, sus ojos grandes y azules, su nariz que a ella le parecía tan pequeñita... Sí, eso, pequeñita.

—Todo va bien —dijo Lawrence Ashenden—, no se preocupe.

—Pero... ¿qué ha pasado?

—¿No lo recuerda?

—No... No.

—Míster Parson y yo la encontramos en la cocina, tendida en el suelo, ayer por la mañana. Como usted no cumplía su promesa de almorzar conmigo, me sorprendí, y recordando que la noche anterior no se había encontrado bien, bajé a interesarme por su salud... Estuve llamando un buen rato, y finalmente, recurrí a los Parson. Los Dowlin no estaban. Míster Parson, que está más ágil que yo, pudo entrar por una ventana, me abrió la puerta, y... la encontramos a usted en el suelo de la cocina. Hemos deducido que se pasó la noche allí, y toda la mañana... ¿No recuerda nada de eso?

—No...

—Mistress Parson la acostó a usted... —sonrió Ashenden—. Y llamamos al médico. Estuvo aquí ayer, ha vuelto esta mañana, y asegura que todo ha pasado.

—Pe...pero... ¿qué día es hoy?

—Lunes.

—Lunes..., ¡oh, tengo que...!

Intentó incorporarse, pero Lawrence Ashenden se lo impidió.

—Tranquila. Debe permanecer en el lecho algunos días. Ordenes del médico, querida. No se preocupe por nada.

—Pero mi trabajo... Tengo que telefonear, al menos...

—Ni eso hace falta: su jefe ha venido.

—¿Míster Hodges ha venido?

—Está ahora en el living, hablando con el médico. Ahí vuelven.

Lilian vio entrar en el dormitorio a Frances, acompañada, en efecto, por míster Hodges, que sonrió al verla mirándoles.

—Miss Davis —exclamó. Está usted contemplando a un náufrago... ¿Qué haré yo sin usted durante toda una semana?

—Oh, míster Hodges, lamento que...

—Vamos, vamos, Lilian... —míster Hodges le tomó una mano y la palmeó cariñosamente—. Era una broma. Bueno, lo de que voy a estar perdido sin usted es una broma, pero capearé el temporal como pueda... ¿Qué tal se siente?

—Bien... Muy bien, creo.

—Ah, espléndido, espléndido. Espero que usted me perdone, por supuesto.

—¿Perdonarle? ¿Qué cosa?

—La culpa es del todo mía: la hago trabajar demasiado. Así que esto me servirá de lección. El doctor Meadows asegura que tiene usted una... postración general.

—¿Una... postración?

—Eso dice. Le ha pasado lo mismo que a algunos atletas: lo dan todo de sí, se entrenan a diario, se sacrifican..., y al final, ganan su campeonato. Luego, de pronto, caen derrotados por el esfuerzo. Tendremos que pensar en eso... Creo que ha llegado el momento de buscarle una secretaria para usted... ¿Qué le parece?

—Una secretaria con secretaria... —sonrió Lilian—. Absurdo e innecesario, míster Hodges... ¿Cómo está usted aquí?

—Es muy sencillo: cuando llegué al despacho y no la encontré allí, el mundo cayó sobre mi cabeza. La telefoneé en seguida, y miss Ashenden me informó de lo ocurrido.

—Ha sido usted... muy amable al venir, míster Hodges.

—Por una persona como usted, cualquier directivo iría a pie hasta París.

—Con permiso del canal de la Mancha —rió Frances.

Los demás también rieron. Míster Hodges consultó su reloj, y frunció el ceño. Fue a decir algo, pero Lilian se le adelantó:

—Siento que no disponga de mi ayuda, míster Hodges.

—Va a ser terrible... —se estremeció míster Hodges—. Espero que me disculpe si me voy ya, Lilian. Para cualquier cosa que yo pueda hacer, ya he dejado el teléfono de nuestro despacho a miss Ashenden. Bien... Procuraré venir un par de veces esta semana, aunque no lo aseguro. De todos modos, el viernes es seguro que vendré, antes de partir hacia Uxbridge...

—Oh, no... no, no, míster Hodges. Sé que el viernes...

—Tonterías, querida Lilian. ¡A propósito de Uxbridge! Cuando yo llegué, los cachorritos tenían ya dos días. Me perdí el acontecimiento. Pero ya tengo elegido el cachorro para usted... ¡Le va a encantar! Es el más grande de la camada... Quizá el lunes próximo pueda traérselo... si usted me promete darle el biberón.

—Prometido —sonrió Lilian—. Creo que...

Sonó la llamada a la puerta del apartamento, y Frances se dirigió a abrir. La oyeron hablar con alguien, sin entender la conversación. Luego, Frances

apareció en el dormitorio con un pequeño, pero selecto, delicado, bellísimo ramo de rosas.

—Acaban de traerlas... —sonrió—. ¿No son preciosas?

—¿Para quién son? —preguntó Lilian.

—¿Para quién han de ser? —Rió Frances—. Para usted... Aquí hay una tarjeta.

—Nadie me ha enviado nunca flores...

Tomó el sobre, lo abrió, y sacó la tarjeta. En el acto, una crispación apareció en su rostro, al ver en el centro de la blanca cartulina, en mayúsculas, el nombre. Sólo eso.

SEAN T. CUNNINGHAM

Se dio cuenta de que la estaban mirando los tres, expectantes, y consiguió sonreír, mirando a míster Hodges.

—Son de míster Cunningham —murmuró.

—Ah, sí... Ahora recuerdo que al llegar a mi despacho me dijo que quería hablarme de algo importante, pero primero quise llamarla a usted... Luego, le dije lo sucedido, y me vine sin escucharle... Es claro que él no insistió. Un caballero muy atento, y muy inteligente.

—Sí..., sí, desde luego.

—Hay pocos hombres como él. La mujer que consiga... —míster Hodges sonrió, de pronto, e hizo un gesto de disculpa—. Bueno, creo que debo marcharme ya. Adiós, Lilian. No se preocupe por nada, se lo ruego.

—Gracias, míster Hodges. Frances, por favor, acompañe...

—No, no... Es innecesario —Hodges llegó a la puerta del dormitorio, y se volvió, con el ceño fruncido—. Bueno, esto ha servido al menos para que yo conozca su apartamento, Lilian. Es magnífico, tan... pulcro y acogedor... ¡Adiós!

Se fue, por fin, y durante unos segundos, Lilian y los Ashenden permanecieron en silencio. De pronto, Lawrence Ashenden soltó uno de sus clásicos bufidos.

—Ahí va un tirano... —refunfuñó— Debería usted cambiar de empleo, Lilian.

—Me gusta mucho el que tengo. . Y no es cierto que trabaje tanto, míster Ashenden. No comprendo lo que me ha pasado...

—Sea lo que fuere, debe estar relacionada con el exceso de trabajo. ¿Por qué no trabaja para mí?

—¿Para usted? —se sorprendió Lilian.

—Eso he dicho. Tengo muchos negocios y mucho dinero que manejar... ¿Se sorprende?

—No... No, desde luego.

—Lo que ocurre es que prefiero vivir en un apartamento más bien reducido que en la casa de Chelsea. La detesto. Podríamos...

—Abuelo, por favor —regañó Frances.
—¿Qué pasa? —gruñó él.
—No creo que sea momento de hablar de esto.
—Ah. Sí, tienes razón. Bueno, creo que iré un par de horas al centro... Hasta luego. Cuídala bien, Frances.
Y usted, nada de levantarse, ¿de acuerdo?
—Prometido —sonrió Lilian.
—Le traeré un poco de leche —dijo Frances.
Salieron los dos del dormitorio, y Lilian alzó la tarjeta, fijando su mirada en el nombre: «Sean T. Cunningham.» ¿A qué nombre pertenecía la T? Sean Cunningham le había enviado flores... Rosas. No le habría sido fácil conseguirlas, desde luego. Y sin duda alguna, era un detalle muy delicado. Pero... ¿por qué? El debía saber que a ella le resultaba más bien antipático... Y la noche del viernes le había colgado el teléfono, incluso, impidiendo que él le explicase..., ¿el qué? ¿Qué había querido explicarle Sean Cunningham a ella? No tenían nada, absolutamente nada que explicarse el uno al otro, eso era seguro...
Frances regresó con un vaso de leche tibia, y Lilian la tomó sin el menor interés.
Cuando Frances se disponía a salir nuevamente del dormitorio, la llamó:
—Frances...
—¿Sí?
—No sé por qué, recuerdo ahora al hombre aquel que... al que asesinaron y le cortaron un brazo...
—No piense en cosas como ésas ahora.
—¿Cómo se llamaba?
Frances Ashenden frunció el ceño.
—Mmm... Clayborn, me parece... James Clayborn, o algo parecido... No estoy segura. ¿Por qué?
—Por nada... Creo que me impresionó. Fue una cosa tan horrible...
—Ese tonto de Dick debió callarse —se disgustó Frances—. ¡Y me va a oír cuando venga esta tarde!
—Espero que no riñan por mí —apaciguó Lilian, sonriente.
—¡Es un tonto! Pero..., bueno... —sonrió también—. La verdad es que no resulta fácil reñir con Richard: estoy segura de que si me viese enfadada se echaría a reír.
—Es un hombre muy agradable, Frances. Ha tenido mucha suerte, ¿no cree?
—Oh, sí. Pero vamos —ella hizo un gesto de coquetería—, no se puede decir que yo sea fea, ¿verdad?
Rieron las dos, y Frances abandonó el dormitorio.
James Clayborn.,. Estaba segura de que nunca había conocido a nadie llamado así. Clayborn, Clayborn, Clayborn... No. Estaba segura de que no. Y en tal caso..., ¿por qué le había cortado ella el brazo, por qué lo había...

apuñalado con el cuchillo de cocina? ¿Y cómo había podido hacer... semejante cosa? ¿Podía ser cierto que hubiese matado a un nombre, le hubiese cortado el brazo, y luego hubiese vuelto con ese brazo a su apartamento, se hubiese cambiado, se hubiese acostado con el brazo de aquel hombre junto a ella...?

«Quizá debería ir a la policía... —pensó—. Pero ¿qué sería de mí? Oh, Dios mío, lo siento, lo siento por ese pobre hombre, pero yo no tengo la culpa, no tengo culpa de nada... ¡Es imposible que yo hiciese eso! ¡Es imposible!»

CAPITULO IX

Hacia las seis de la tarde del jueves, sonó el timbre de la puerta del apartamento, y Lilian Davis, en bata y zapatillas, se dirigió a abrir, sonriente.

Atrajo la puerta, exclamando:

—¡Pasad! ¡Tengo...!

Se quedó helada, aterrada por la sorpresa. Allí, ante ella, gigantesco, impecable como siempre, formidable, magnifico, serio como una de sus computadoras, estaba Sean Cunningham. En la mano izquierda sostenía su sombrero y el paraguas. En la derecha, llevaba un ramo de flores. Nada menos que claveles.

—Buenas tardes, miss Davis.

—Se... se...señor Cunningham...

—Me parece que estaba usted esperando a otras personas... Perdóneme mi inoportunidad, miss Davis.

—Son..., son unos amigos que viven... arriba... Tenían que venir, y...

—Sí, entiendo. No la molestaré más. Sólo quería cerciorarme de que usted está mejorando. Y me alegra comprobar que así es: tiene muy buen aspecto. Me he permitido traerle unas flores... Claveles españoles.

—Es usted muy,.., muy amable, señor Cunningham... No ha debido molestarse...

—Iba a enviárselos, como las rosas, y a llamarla por teléfono, pero temí que usted colgase el auricular. Bien, miss Davis, celebro su mejoría, sinceramente —le tendió las flores—. Buenas tardes.

Lilian tomó las flores, y Cunningham, tras una inclinación de cabeza, se puso el sombrero, dio un cuarto de j vuelta, y se alejó, hacia la escalera.

—Señor Cunningham.

El se volvió de inmediato quitándose de nuevo el sombrero, siempre serio como una piedra.

—¿Sí, miss Davis?

—¿No quiere..., no quiere usted pasar... un minuto?

—Sí, con mucho gusto. Gracias.

Ella se apartó, él entró en el apartamento, y cuando Lilian cerró la puerta y se volvió a mirarlo, tan cerca de él, casi respingó. Era alto, enormemente alto... Parecía una roca solidísima en todo momento, y Lilian tuvo la sensación brusca de que el apartamento, la bombonera, acababa de llenarse a tope.

—Deme su sombrero y su paraguas...

—Gracias.

Ella fue a poner ambas prendas en el office, pensando que Sean Cunningham jamás vacilaba. Siempre era coherente, exacto, preciso, fuerte y sólido. También pensó, ; al volverse de nuevo hacia él, que... ¡qué tontería! ¿Por qué tenía que recordarle míster Cunningham un grueso muro contra el

cual nadie podría jamás intentar nada?

—¿Quiere tomar algo...? ¿Té, quizá?

—Si no la molesta, preferiría whisky con hielo.

—Sí, sí... Oh, yo... ¿Me perdona un minuto, señor Cunningham? Iré a vestirme...

—Como usted guste. No tengo ninguna prisa. Pero tampoco quisiera molestarla demasiado tiempo.

—Yo tampoco tengo prisa —dijo ella, sorprendiéndose a sí misma—. A mis amigos los veo todos los días.

—Ya.

Lilian fue a su dormitorio, y procedió a vestirse de modo adecuado. Se miró al espejo con gran atención, mientras ordenaba un poco mejor sus cabellos. A lo peor, i a Sean Cunningham le gustaban las muchachas rubias, en cuyo caso, ella no tenía por qué gustarle. Pero ¿qué le importaba eso a ella? Parpadeó, de pronto inmóvil, contemplando su propia imagen... Además, tenía pecas... ¿No era desastroso? Sean Cunningham no tenía ni una sola...

Cuando regresó al living nerviosísima, Cunningham estaba ante el mueble tocadiscos, pasando entre sus largos dedos algunos de los que formaban su discoteca, e volvió al instante. Debía tener un oído finísimo.

—Pocos, pero buenos —dijo—. Tiene usted un gusto excelente, miss Davis.

—¿Le gusta la música? —susurró ella.

—Bastante. ¿Puedo decirle algo con sinceridad?

—Sí..., sí, claro.

—No ha ganado usted gran cosa cambiándose.

—¿Có...cómo..., cómo..., cómo...? ¿Qué...?

—He querido decir, perdón, que estaba igualmente bella y delicada con su ropa de casa, miss Davis.

—Ah... Ah, yo... Se... se lo agradezco, señor Cunningham... Es usted muy gentil...

—Me temo que no demasiado. Lo que ocurre es que yo siempre digo la verdad.

—Bueno... No sé...

—La verdad es algo que sólo puede ofender a quien tiene motivos para ser ofendido. ¿No está de acuerdo, miss Davis? Cuando una persona no ha hecho nunca nada por lo que se le pueda ofender, aunque sea como réplica, puede en todo momento escuchar la verdad, sobre sí mismo y sobre todo.

—Sí..., sí, supongo que sí... Evidentemente.

—Evidentemente —asintió Cunningham con la cabeza—. ¿Puedo poner El Moldava en su tocadiscos? —Alzó el estuche que contenía el disco—. Dispongo de esta obra en mi apartamento, pero se rayó el disco, y no he conseguido encontrar una edición de mi gusto.

—Sí... —parpadeó Lilian—. Puede ponerlo, desde luego.

—Gracias.

Se quedó como petrificada mientras él ponía en marcha el aparato. Cuando comenzó a sonar la música, Lilian Davis comenzaba, a su vez, a sentir como..., como si una fortísima corriente invencible la estuviese arrastrando hacia un lugar desconocido, lejano, que en esta distancia se vislumbraba cálido, silencioso, tranquilo...

—¿Me permite sentarme?

—¿Eh? ¡Oh, sí...! ¡Sí, sí!

—Gracias. ¿Preferiría que yo preparase el whisky?

—¿El? No... ¡No, yo lo haré!

—Es usted muy amable. Espero no molestarla si fumo,

—No, no...

Sean Cunningham se permitió desabrocharse la chaqueta, se subió ligeramente los pantalones, y se sentó en un sillón, llenándolo por completo. Era asombroso. En aquel mismo sillón, ella era capaz de pasar horas y horas, recogidas las piernas, como si estuviese en un nido... Y él lo llenaba sólo sentándose. Pero no sentándose de cualquier manera, sino correctamente, erguido, y en absoluto adoptando un aire forzado. Estaba sentado con toda comodidad, no se podía dudar ni un instante... Asintió, fascinada, al simple acto siguiente de Sean T. Cunningham: encender un cigarrillo. Estaba atónita. El la miro después de expeler la primera bocanada de humo, y sonrió. A medias, pero sonrió.

Lilian Davis tuvo la impresión de que acababa de recibir un... latigazo de aire caliente. Se sofocó, dio media vuelta, y se dirigió a preparar los whiskys. ¿Con soda...?, estuvo a punto de preguntar. Pero volvió la cabeza, miró a Cunningham, y la movió en un gesto negativo: imposible. Sean Cunningham no tomaría jamás nada con soda.

Cuando llevó la bandeja con los vasos a la mesita de centro, él la miró, distraído, y volvió a sonreír leve« mente. Estaba escuchando música, eso era todo. Pero tomó uno de los vasos, y bebió un sorbo. Lilian se sentó en otro sillón, un poco recogida, y se quedó mirándole.

Un minuto, dos, tres.,. Cinco, seis...

A cada segundo que pasaba, notaba cómo su tensión iba desapareciendo cada vez de modo más acelerado. Sí, desapareciendo... Se iba relajando más y más, y más, y más... La «bombonera» parecía ahora llena, llena de todo. Todo estaba igual, pero era distinto Sean Cunningham no la miraba, pero ella no conseguía apartar los ojos de él.

El Moldava, de Smetana, terminó por fin. Luego, se oyó el suavísimo roce de la aguja sobre el surco vacío, hasta que se detuvo.

—Magnífico —dijo Cunningham—. Tiene toda la magnificencia de la obra bien hecha. Ha sido un rato muy agradable.

—Sí... —musitó Lilian, sosegada como no recordaba haberlo estado en su vida—. Muy agradable, es verdad.

El se puso en pie, quitó el disco del plato giratorio, y le pasó el cepillo. Luego, no menos cuidadosamente, lo guardó en su funda, y lo colocó en su

sitio. Retiró la aguja, la colocó en su soporte, y se volvió.

—Cuando era un niño, decidí estudiar música —su voz era como el rumor sedante de un pequeño salto de agua cristalina en un diminuto arroyo—. Pero, a los doce años, comprendí que estaba equivocado. La música sería para mí, en adelante, un deleite. Pero, mis posibilidades creadoras estaban en otra faceta que, en cierto modo, no deja de ser tan metódica y exacta como la música: las matemáticas. En esa materia, siempre fui el primero en Eaton. Siempre. Luego, fui evolucionando, y espero seguir haciéndolo. El mundo de la técnica, de las computadoras, sólo ha hecho que comenzar. Eso significa, que tengo toda una gran labor por delante. ¿Se encuentra bien, miss Davis?

—Estoy estupendamente —susurró Lilian, sonriendo.

—Me pareció que la estaba aburriendo.

—No.

—Gracias. Oh, y gracias también por el whisky... Temí que le añadiría usted soda.

—Estoy segura de que usted «jamás» toma soda mezclada con nada.

—Así es. ¿Entiendo que volverá usted el lunes al trabajo?

—Eso espero.

—Míster Hodges lo va a celebrar mucho. El pobre hombre ha adelgazado en estos días, y está convertido en un manojo de nervios.

—Eso me pareció notar las dos veces que me ha llamado para interesarse por mi salud.

—Sí. Usted quizá piensa que yo también podía haberla llamado en lugar de venir, pero ya le he explicado el motivo. También podía haber venido con míster Hodges mañana, pero hay cosas para las que no necesito compañía.

—¿Qué cosas, señor Cunningham?

—Por ejemplo, marcharme a las Bahamas.

—¿Marcharse... a las Bahamas? ¡Pero...!

—Hay allí una compañía nueva que hace unas semanas solicitó mis servicios.

—Ah..., sí, entiendo. Supongo que le han ofrecido un sueldo mayor que el de...

—No, no. El sueldo es menor que el que disfruto ahora. Pero el trabajo es mayor. Quizá le parezca una tontería.

—En usted, no. He debido comprenderlo.

—Por otra parte, siempre he deseado marcharme lejos de Londres. Me gustan los climas precisamente como el de las Bahamas, y, de todos modos, muy pronto me habría marchado. Quería que usted supiese esto, miss Davis.

Lilian estaba estupefacta.

—¿Eso es lo que ha venido a decirme..., lo... lo que quería explicarme el otro día por teléfono...?

—No, no. Lo que yo pretendía el otro día por teléfono era darle explicaciones por mi actitud, que, quizá, a usted le resultara molesta.

—¿A qué actitud se refiere?

—Lo sabe muy bien, miss Davis. Pero le aseguro que en ningún momento he pretendido molestarla, cosa que, al parecer, no conseguía. Cuando usted no quiso recibirme el viernes pasado después de ver que era yo quien llamaba a su puerta...

—¿Sabía usted que yo estaba aquí? —exclamó Lilian.

—Claro. La vi por la ventana. Supongo que antes la vi en la ventana, y subí. Comprendí que no quería recibirme, así que me fui y la llamé desde una cabina cercana. Espero que me perdone si en algún momento le he parecido molesto, impertinente o antipático.

—¿De verdad ha venido usted... a eso, señor Cunningham?

—Por supuesto. En la compañía no me parecía lugar adecuado para esta clase de entrevista.

—Claro...

—También quería asegurarme de que usted se encuentra bien, cosa que celebro.

—Gracias... Gracias, señor Cunningham. Yo... Bueno, la verdad es que sí, que usted me parecía... Bueno...

—La comprendo muy bien, miss Davis. ¿Puedo marcharme con la tranquilidad de saberme perdonado?

—Sí..., ¡oh, sí, sí!

—Muy agradecido. Gracias, gracias por todo. Y buenas tardes, miss Davis.

—¿Bu...buenas... tardes...? ¿Eso quiere decir que se va?

—En efecto. Si me da mi somb...

—¡Pero no puede marcharse!

Sean Cunningham alzó un instante las cejas.

—¿Perdón? —interrogó.

Ella se puso en pie de un salto.

—¡No puede dejarme sola ahora! —imploró.

—¿Sola? Temo haber abusado demasiado de su tiempo, miss Davis. No olvido que usted está esperando a unos amigos, y en estas circunstancias no me parece propicio prolongar la visita.

—Pe...pe...pero... a mí no., no me importan esos amigos...

—En tal caso, no debería relacionarse con ellos. ¿No son gente agradable, quizá?

—Sí, sí lo son, sí, sí...

—No la comprendo, miss Davis. Perdone mi torpeza, pero...

—¡Yo prefiero que se quede usted!

—¿Quedarme? ¿Para qué?

—Po... podría... cenar conmigo... ¡Le invito a cenar!

—¿Está segura de que desea eso, miss Davis?

—Sí, sí... ¡Sí! ¡Ségurísima!

—En ese caso, acepto encantado. ¿Puedo poner más música mientras usted prepara la cena?

—Señor Cunningham, usted puede..., puede hacer todo lo que guste

mientras esté aquí...

Sean Cunningham se acercó a ella, mirándola fijamente. El corazón de Lilian comenzó a golpear en su pecho con tal fuerza que ella pensó que los golpes debían oírse lejos, muy lejos... Había en el fondo de los negrísimos ojos de Cunningham algo parecido a un rescoldo riente, a un lugar lleno de luz. Una luz ardiente y suave, que Lilian creyó que inundaba a ella completamente, la cegaba...

—Lo que me gustaría de verdad, miss Davis, sería ayudarla a preparar la cena.

Lilian abrió los ojos, después de parecerle que recibía sobre todo su cuerpo un torrente de agua helada.

—¿Qué... qué?

—En mis condiciones actuales de vida, no es cómodo cocinar. Como sabe, almuerzo en la cafetería de la empresa, y suelo cenar casi cada noche en el club de unos amigos. Y eso me tiene un poco frustrado, porque mi hobby es cocinar.

—¿Co...cinar...?

—Quizá le parezca una tontería en un hombre tan serio como yo, pero es la verdad. Ya le dije antes que yo siempre digo la verdad. ¿Tiene usted carne?

—Carne... Sí..., sí, así lo creo...

—Espero que esté bien surtida de especias su cocina.

—No..., no sé... Espero que sí...

—Puedo preparar una salsa especial para la carne. Estoy seguro de que usted nunca habrá probado nada parecido. Mientras tanto, usted puede preparar lo demás. ¿Le parece bien?

Lilian Davis tragó saliva.

—Me parece... perfecto.

—Espléndido. Manos a la obra. ¿Me permite que me quite la chaqueta?

—Claro..., sí, sí.

Sean Cunningham se despojó de la prenda, abrió el office y la colgó allí, con todo cuidado. Luego, se subió las mangas de la camisa hasta la mitad del antebrazo, y sonrió.

—Vamos allá.

Poco después, justo cuando Lilian estaba terminando de limpiar la ensalada, sonó el timbre de la puerta. Cunningham alzó la cabeza, miró sus manos mojadas, y se ofreció:

—¿Quiere que vaya yo?

—Sí, por favor. Serán ellos. Dígales que luego los iré a ver.

—Muy bien.

Cunningham fue a abrir la puerta. Se quedó mirando con grave gesto a la rubia muchacha que inició la entrada al apartamento, diciendo:

—Lilian, querida, Dick me ha llam...

Frances Ashenden respingó, alzó la cabeza, y volvió a respingar al ver a Sean Cunningham. Luego, atónita, estupefacta, miró de uno a otro hombro de

él.

—Santo cielo —exclamó.

—¿Es usted la vecina de miss Davis? —preguntó Cunningham.

—Sí... Oh, sí.

—Miss Davis les mega que la disculpen. Más tarde les recibirá, o subirá a verles a ustedes. Puede pasar, si lo desea.

—No... No, no. Venía a decirle que Richard se retrasará un poco. Dígaselo, por favor. Bajaremos más tarde, por si necesita algo antes de acostarse.

—Transmitiré su recado a miss Davis.

—Gracias... Adiós.

—Buenas noches, señorita.

Cunningham cerró la puerta, y regresó a la cocina.

—¿Eran ellos? —preguntó Lilian.

—Sólo ella. Ha dicho que Richard se retrasará un poco,, y que bajarán antes de que usted se acueste por si necesita algo, Es muy bonita.

—¿Quién? —respingó Lilian.

—Su vecina, por supuesto. ¿La pimienta molida?

Lilian se volvió, palidísima, mirando a los ojos de Cunningham, que se aplicaba a mezclar la salsa. El no la miraba, pero ella sí estuvo unos segundos mirándolo con atención que le pareció dolorosa.

Los fuertes brazos, las grandes manos, la recia barbilla... Pasó junto a él, abrió el armarito, y buscó la pimienta, que le entregó, con mano tan temblorosa, que él tuvo que notarlo. Hubo en sus ojos uno .de aquellos sorprendentes destellos casi risueños.

—De todos modos —dijo, como continuando la conversación— las rubias nunca me han gustado demasiado. ¿Y a usted? ¿Le gustan los rubios?

—No... —Lilian se echó a reír, como una niña, estremeciéndose de alegría... No, no... ¡Nunca me han gustado los rubios!

—¿Soporta usted bien la pimienta?

—¿La... pimienta?

—La pimienta —mostró él el pimentero recién recibido de sus manos.

—Ah, sí... ¡Oh, a su gusto...!

—Quizá cargue demasiado la salsa, miss Davis.

—No importa, no importa...

—En su estado de salud, deberíamos tener cuidado.

—¿Mi salud? —volvió a reír ella—. ¡Pero si es perfecta...! ¡Perfecta!

—Lo celebro muchísimo. De todos modos, iremos con cierta cautela.

—Sí, con... con cautela. Yo... Yo necesito... la sal...

Estaba al otro lado de Cunningham, sobre el mármol, y Lilian extendió el brazo para tomarla, sabiendo que no podría alcanzarla teniendo por delante el cuerpo de su invitado. La consecuencia fue lógica: se encontró apretada contra Cunningham, entre éste y el borde del mármol. Notaba sus senos apretados contra el cuerpo de él, notaba todo su cuerpo latiendo furiosamente...

«Oh, Dios, ahora... —pensó— ¡Ahora, ahora...!»
—La sal, miss Davis... —oyó, servidor.
Volvió a abrir los ojos, recibiendo de nuevo aquel torrente de agua helada. Ante sus ojos tenía la enorme mano de él, con el salero, ofreciéndoselo. Estaban tan apretados uno contra otro en la espaciosa cocina, que tuvo que alzar la cabeza para poder mirarlo, sofocadísima.
—Gra... gracias...
—No se merecen. He debido apañarme. Perdóneme.
—Sí... Sí, le perdono...
—No sé si apretarla mucho.
—¿El qué? —vibró ella—. ¿Qué ha de apretar...?
—La carne. Hay personas que la golpean antes de hacerla.
—Oh...
—Pero en lo personal, yo la prefiero al natural, lo más esponjosa posible, porque admite mejor la salsa.
—Sí, sí... La salsa.
—Es una salsa divertida. Terminaré en seguida. ¿La ayudo con la ensalada?
—No, no... Ya... ya está... Sólo faltaba la sal... Iré a poner la mesa. ¿Le gustan las... las velas en...?
—¡Naturalmente!
—Sí, naturalmente... ¿Una salsa... divertida?
—En efecto. Se lo explicaré después de cenar. Si se lo explicase ahora, quizá no querría probar la salsa.
—¿Po...po...por qué...?
—Se llama «Tempestad caníbal».
—¿La salsa?
—Sí, la salsa.
—Ah...

* * *

—¿Por qué se llama «Tempestad Caníbal»? —susurró Lilian.
Volvió el rostro, para contemplar aún mejor a Sean Cunningham, sentado junto a ella en el sofá. Ya habían cenado. Ya habían tomado café, y él estaba saboreando una copa de coñac y la música... En esta ocasión, Nocturno, de Chopin, que había terminado en aquel momento.
No había más luz en el living que la de las dos velitas rojas ya a medio consumir sobre la mesa, apartada de ellos... Una luz tan íntima y romántica que Lilian Davis se iba sintiendo desfallecer por segundos. Y aquel silencio, aquella paz... Jamás, jamás en su vida se había sentido tan bien, de aquel modo desconocido, relajada, sin pensar en nada... En nada que no fuese Sean Cunningham, naturalmente. El seguía llenándolo todo con su sólida presencia.
—Ah, sí, la salsa. Bueno, la historia es un poco larga si uno quiere que

resulte divertida, pero, como es muy tarde ya, la resumiré para...

—¿Tarde?

El señaló el reloj, cuyo tic tac se oía cuando callaban: las diez y media. Y había llegado allí a las seis.

—Sucedió que a un amigo mío lo capturaron unos caníbales, allá por los Mares del Sur, y se dispusieron a comérselo. Como mi amigo era muy flaco, y temieron que resultase un poco duro, lo sumergieron primero en una salsa que prepararon delante de él. Mi amigo, como yo, también gusta de cocinar siempre que puede, así que se fijó en los ingredientes de la salsa, y fue tomando buena nota de ellos. Luego, cuando lo metieron en la gran olla, él puso la cabeza bajo el nivel de la salsa, y bebió un buen trago. «¡Caramba! —se dijo—. ¡Ha valido la pena el viaje hasta aquí! ¡Menuda salsa!» Y así estaba, satisfechísimo de morir en tan rico condimento, cuando, de pronto la hija del jefe Okalaoa empezó a gritar cosas que él no entendía, pero que obtuvieron un resultado sorprendente: bien remojado en la salsa, mi amigo fue sacado de la gran olla, y llevado junto con la hija del jefe, ante éste. El gran Okalaoa comenzó a decir cosas, y cosas, y cosas... Total, que al final le hicieron comprender que acababan de casarlo con la bella Kaliaoa, que pesaba alrededor de las trescientas libras. Mi amigo pensó que más valía mujer gorda que ser él quien engordase otras barrigas, así que acepto la situación con filosofía. Ni siquiera protestó cuando la rolliza novia lo llevó a una cascada, y lo metió en el agua para limpiarlo, preparándolo para una noche de amor... ¿Le ocurre algo, miss Davis?

Lilian suspiró. ¿Que si le ocurría algo? Estaba fascinada, alucinada, maravillada... Y el antipático míster Cunningham era más ciego que un topo...

—¿Qué pasó con su amigo? —susurró y suspiró a la vez.

—Consiguió escapar de la isla. Y Kaliaoa se quedó con los doce hijos habidos de tan bien condimentado matrimonio..., mientras mi amigo se quedaba con la receta de la salsa. Y ahora, miss Davis, buenas noches.

Lilian Davis, que había comenzado a estirarse como una gatita, sonriendo dulcemente, se irguió sobresaltada, pálida. Sus ojos contemplaron aterrados al invitado, que se ponía en pie.

—¡No! —casi gritó.

—¿Qué?

—No es cierto que se va usted, señor Cunningham. .

—Yo diría que sí. Soy un hombre moderno, inteligente, razonable, ecuánime... Pero todo tiene un límite, miss Davis. Ya hace rato que me estoy preguntando qué estarán pensando sus amigos sobre esta prolongada visita. La cena ha sido deliciosa. Claro está, hay que tener en cuenta que yo intervine en ella.

—Sí, sí, sí.

—No se moleste. Yo mismo tomaré mi sombrero y mi paraguas.

Se fue hacia el office, abrió la puerta, tomó sus cosas, cerró, se volvió... y se dio de bruces con Lilian, que le miraba como hipnotizada.

—Pero es tan temprano... —susurró ella.

—Son puntos de vista. Usted no tiene que ir mañana a trabajar, miss Davis. Yo sí. Y el trabajo, cualquier trabajo, es muy importante para cualquier hombre.

Ella le tomó una mano.

—¿Vendrá mañana? ¿Vendrá míster Cunningham? ¿Sí?

—Por desgracia, mañana, y todo el fin de semana, tengo una cita con los caballeros que me han contratado para ir a las Islas Bahamas. Espero terminar dicho asunto para acudir al trabajo el lunes, miss Davis.

—¿Es decir que — que no nos veremos... hasta el lunes?

—Efectivamente.

—Pe-pe-pero... pero yo... yo... ¿qué voy a hacer hasta el lunes?

—Puede dedicarse a aprender a preparar la ensalada. Para mi gusto, estaba un poco sosa.

—¡Señor Cunningham!

—Perdóneme, ya sabe que yo siempre digo la verdad. De todos modos, ha sido una velada maravillosa. Adiós, miss Davis: celebro grandemente encontrarla tan repuesta de su enfermedad.

Se dirigió a la puerta, la abrió, salió, se volvió y saludó con una inclinación antes de ponerse el sombrero; luego, él mismo cerró la puerta...

Y, de pronto, Lilian Davis se encontró sola como nunca creía haberlo estado en su vida. Fue doloroso, casi brutal. Del todo, a la nada. De la vida, a la muerte. La «bombonera» volvió a ser un lugar sombrío, triste, vacío... ¡Y aquellas malditas velas, que continuaban ardiendo, con su estúpida luz tétrica...! ¿Qué le ocurría? ¿Qué había pasado? ¿Qué...?

Tic-tac, tic-tac, tic-tac...

Sí. La «bombonera» volvía a ser el panteón de un ser vivo.

Tic-tac, tic-tac, tic-tac...

Por encima del latido del reloj sonó el timbre de la puerta, sobresaltando a Lilian. Abrió en seguida, y sus ojos se llenaron de esperanza al ver a Sean Cunningham, de nuevo sombrero en mano, mirándola, fruncido el ceño.

—Olvidé algo, miss Davis. ¿Puedo pasar?

—Sí... ¡Sí!

El entró, y ella cerró la puerta.

—Es absurdo que lo haya olvidado —dijo Cunningham—, ya que en realidad ése era el motivo principal de mi visita, sinceramente.

De nuevo la «bombonera» estaba llena. Llena de todo.

—¿Qué... qué motivo?

—Quisiera saber, miss Davis, si aceptaría usted casarse conmigo.

Esta vez, el torrente de agua que cayó sobre Lilian no fue helado, sino tibio, cálido..., casi ardiente, porque todo estaba lleno de vida, de luz, de alegría, de gozo de vivir... Pero vio los ojos de él fijos en ella. Expectantes, pero tranquilos, serenos... aunque, desde luego, con aquella chispa cálida en el fondo, allá muy lejos...

—Oh, sí, míster Cunningham —dijo reposadamente—: me encantaría.

—Espléndido. Ya nos veremos. Ah, otra cosa: quisiera saber si prefieres ir a las Bahamas en barco o en avión.

—Contigo —dijo Lilian.

—Es una magnífica elección —aprobó el fantástico míster Cunningham, imperturbable—. Veremos cómo lo arreglo.

—Lo que tú hagas estará bien.

—Te lo agradezco. Y ahora sí me voy de verdad. Ah, una última cosa: ¿verdad que no te he besado esta noche?

—No... No me has besado, Sean.

—Bueno —recapacitó Sean Cunningham—: no quiero parecerte atolondrado o impetuoso, pero yo siempre he dicho que las cosas tienen que hacerse bien, como es debido. A fin de cuentas, no todos los días pide un hombre la mano de una mujer.

—Eso es cierto.

—¿Me permites?

—Estoy segura de que serás tan correcto en esto como en todo, Sean.

—Agradezco tu confianza.

Dejó el sombrero y el paraguas, se acercó a ella, la tomó en sus brazos, y la besó en la boca con toda la corrección que podía esperarse en un gentleman inglés.

Para Lilian Davis, aquel beso fue como encontrarse, de pronto, en una barquita situada en el mismísimo centro de un tifón en alta mar. O quizá, como sentirse zarandeada por un espantoso huracán lleno de fuego y vientos a mil millas por hora.

Lo indiscutible fue que ella aceptó de buena gana el tifón y el huracán, que se sintió a punto de estallar, de gritar, de llorar, de reír... En el silencio, podía haber escuchado el tic-tac, tic-tac del reloj, pero no fue así. Dentro de su cabeza, de su pecho, estaban estallando mil volcanes a la vez. Era terrible..., maravillosamente terrible...

Cuando él se separó, Lilian tenía la certidumbre de que estaba despeinada, zarandeada, hecha papilla. Y desde luego, si el beso hubiese durado un segundo más, hubiese muerto asfixiada. En aquel momento, si Sean Cunningham le hubiera pedido que saltase por la ventana y empezase a volar, lo habría hecho. Oh, sí, habría volado, naturalmente...

Pero Sean Cunningham hizo otra cosa: recogió su paraguas y su sombrero, abrió la puerta, y dijo:

—Siempre he tenido la seguridad de que valía la pena esperar. Para todo. Con mi sinceridad habitual, te diré que besos como éste resultan altamente saludables. Sin embargo, lamentaría mucho haberte molestado. ¿Lo he hecho?

Lilian consiguió reaccionar, consiguió regresar de su mundo maravilloso.

—Más bien no —musitó.

—Magnífico. Hasta el lunes, querida.

Salió y cerró la puerta. Pero ahora, Lilian Davis no se sintió sola, ni

muchísimo menos.

—Oh, estate quieto —le dijo a su corazón—. ¡Estate quieto, tonto!

Corrió hacia la ventana, la abrió, y se asomó a la noche, al frío. Segundos después míster Cunningham aparecía en la calle. Alto, erguido, formidable, indestructible, fenomenal. Había dado unos pocos pasos cuando se volvió, y miró hacia arriba. Se quitó el sombrero, se inclinó, y siguió su camino.

Lilian lo estuvo mirando hasta que desapareció, en la noche, en la ligera niebla húmeda y fría... Cerró la ventana, fue al tocadiscos, y puso el primer disco que encontró en seguida, comenzó a bailar, con los ojos cerrados, la boca fruncida en dulce sonrisa...

Ding-dan-dong, ding-dan-dong, ding-dan-dong, dijo el reloj que eran las once menos cuarto.

—Dios, Dios, Dios —dijo ella—... ¿Qué ha pasado? ¿Cómo...?

Sonó el timbre de la puerta, y lanzó un gritito de alegría. Pero no. No. Esta vez no podía ser él. Oh, debían ser Frances, o Richard... ¡Los había olvidado por completo!

En efecto, eran Frances y Richard.

—¿Qué ha pasado? —exclamó Richard Hendrix.

—¡Querida, qué hombre...! —Exclamó también Frances—. ¡Qué barbaridad, qué hombre...! ¿Ha estado todo el tiempo contigo?

—No ha pasado nada —rió Lilian—... Y sí ha estado todo el tiempo conmigo... ¡Pasad! ¡Os invito a coñac!

—¡Qué espanto de humanidad masculina! —Insistió Frances—. ¡Es terrible, Lilian! Cuando lo vi en la puerta estuve a punto de desmayarme... ¿Qué habéis estado haciendo todo este tiempo?

—¡Mujer...! —protestó Richard, riendo.

—Es maravilloso —murmuró Lilian—... ¡Maravilloso! ¡Oh, por Dios, no sé cómo he podido estar tan ciega! ¡Estaba segura de que... de que casi lo odiaba, tan... tan alto, tan serio, tan... tan...! Frances no podría explicártelo... ¡Es el hombre más maravilloso que he conocido en mi vida, es...!

—Es un asco —cortó Richard—. ¡Y yo que creía que Frances y tú os ibais a pelear por mí!

—¡No! —Gritó Lilian—. ¡Por Dios, no...! Yo no habría hecho nunca una cosa semejante, Dick. Pero ahora... ¡Oh, no sé...! ¡Es algo tan nuevo para mí! Yo-yo-yo... yo no sé... Sí... ¡Sí, el tiene razón, siempre vale la pena esperar... para todo!

—Pues yo no estoy dispuesto a esperar por mi coñac —gruñó simpáticamente Richard—... Espero que ese tipo no se lo haya bebido todo.

—No parece de ésos —dijo Frances—... Oh, vamos, Lilian, ¡tienes que decirnos qué ha pasado!

—No ha pasado nada... ¡Pero pasará! Me... me-me-me ha... me ha pedido que me case con él.

—¿Y qué le has contestado?

—¡Que sí! ¡Pero no lo entiendo...! Estaba segura de que era un hombre

extraño, desagradable... Y él ha venido aquí, ha cenado conmigo, ha escuchado música... Y todo estaba lleno, lleno, lleno... ¿Conocéis el cuento de la princesa Kaliaoa... o algo parecido?

Frances, me siento... me siento como flotando en una nube... Es una cosa extraña... ¡y maravillosa! Tendrías que verlo, ahí sentado, fumando, escuchando música... y cenando. Habla como Si la vida fuese algo especial, algo siempre nuevo, como si en todo momento, en cada momento, debiésemos esperar lo mejor...

—Lilian, querida...

—Y... Y... Y... ¡No sé! ¿Te ha besado Dick alguna vez?

—Buena pregunta —farfulló Hendrix—... Espero que después no le pregunte si me afeito. ¿Qué le pasa?

—Calla, tonto —reprochó Frances—... ¡Tú no entiendes nada de nada!

—¿Ah, no? Pues el otro día...

—¡Es tan tranquilizador tenerlo al lado! —siguió Lilian que, evidentemente, no había escuchado ni a uno ni a otra—. Su voz, sus gestos, su mirada... ¡Pero si yo creía odiarlo! ¡Y lo amo, lo amo, lo amo, lo amo...! ¡Cuando me ha besado, yo he sentido algo tan dulce que...!

Se quedó de pronto inmóvil, petrificada, con los ojos desmesuradamente abiertos, en el inicio de aquel paso de baile de loca alegría. Su rostro, arrebolado hasta entonces, palideció, se desencajó, se demudó... Frances y Richard cambiaron una mirada de alarma.

—Lilian —susurró Frances—... Lilian, ¿qué pasa?

—Yo... Nada... Nada...

—¿Te encuentras bien? —se alarmó Richard.

—Sí... Yo... Sí, sí...

Era mentira. Se encontraba mal. Muy mal, de pronto... El silbido. Allí estaba de nuevo el silbido... Como las otras veces. Empezaba suave, agudamente, e iba aumentando, aumentando, aumentando, su tono, que se convertía en poderoso: ¡PiiiiiilIIIII...! ¡PIIIIIIII...!

—¡Lilian! —La estaba sacudiendo Frances—. Lilian, ¿qué te pasa?

El silbido. Allí estaba de nuevo, después de una semana sin oírlo... Toda una semana sin oírlo, y ¡PIIIIIII!

—¡Lilian!

—¡Lilian! ¡LILIAN!

Fin.

El silbido cesó. Volvió sus desorbitados ojos hacía Frances, que también la miraba con expresión desorbitada, todavía sacudiéndola.

—No... No es nada... ¡Nada! ¡No tengo nada!

—Estás pálida... Debes haber recaído. Avisaré al...

—¡No! Estoy bien... Estoy bien, Frances. Es... es la emoción de... de... Oh, tú eres tan joven, no me comprenderías... De verdad, estoy bien. Sólo quiero descansar. Creo... creo que por hoy han sido demasiadas emociones. Por favor, dejadme sola... Quiero dormir, eso es todo.

Frances y Richard se miraron, indecisos.

—Mira, Lilian, has estado...

—¡Por favor!

Los sacó del apartamento casi a empujones, y se quedó apoyada en la puerta. Ya no oía el silbido. Pero lo había oído... Estaba segura de ello, pero... ¿para qué decírselo a Richard y Frances? Ellos no lo oían, ya sabía eso. Pensarían que estaba loca, ¡Y Sean debía estar tan cerca todavía...! Si él hubiese estado allí, lo habría oído, sin duda alguna... ¿Por qué no había sonado antes aquel silbido, por qué...? ¡Sean Cunningham lo habría oído, podría haberle explicado qué significaba...!

«Me siento mal... —pensó—. Me siento muy mal ahora, me duele la cabeza, me arde... Voy a descansar... Voy a descansar, quiero estar bien para el lunes. Quiero estar bien para cuando vuelva a ver a Sean... Sí. El lunes... El lunes... El lunes... El lun...»

CAPITULO X

—¡Qué bonito es, míster Hodges...! ¡Es encantador!

—Me alegra mucho que le guste, Lilian —sonrió míster Hodges—. Ya le dije que era el más grande de la camada.

—Pobrecito, ¡qué pequeño es, sin embargo! Oh, míster Hodges, espero que sabré cuidarlo adecuadamente...

—La verdad es que todavía debimos dejarlo más tiempo con la madre, pero es grande y fuerte... Y ya tiene dos semanas, casi. Mientras no se olvide de darle el biberón, todo irá bien.

—No, no... ¡Claro que no me olvidaré! Mire, parece que quiere jugar...

—Vamos, vamos, miss Davis —rió míster Hodges—... ¡Es muy pequeño todavía! Pero no tardará mucho en romperle a usted todas las medias, ya verá,.. Imagino que tendré que buscarle otro suplemento de sueldo.

—Pues...

Lilian calló, y se quedó mirando a míster Hodges, que la contempló atentamente.

—/Ocurre algo?

Ella dejó el cachorro en la cesta dentro de la cual míster Hodges se lo había traído de su granja, cumpliendo su palabra.

—Es que... temo que voy a dejarle, míster Hodges.

—Que va a... a... ¿a qué?

—A dejarle. Ya no trabajaré.

—¡Pero miss Davis.. !

—Me voy a casar.

Míster Hodges pareció recibir la terrible descarga de un rayo que lo estremeció. Luego, se dejó caer en su sillón, y se quedó mirándola, atónito.

—No es posible... —tartamudeó.

—Bueno, míster Hodges, me parece que no es muy galante por su parte decir eso —sonrió Lilian, un poco turbada.

—No, no... Perdone, Lilian. No interprete mal mis palabras, se lo ruego. Es usted una muchacha muy bonita... Sí, es muy bonita, inteligente, agradable... ¡Santo cielo, me hace usted papilla, Lilian!

—Lo siento por usted, míster Hodges. Pero he creído que... que debía decírselo cuanto antes, para que usted disponga de tiempo para buscar mi sustituta. Espero estar todavía en Londres el tiempo suficiente para ponerla al corriente de su modo de trabajar y...

—¡Esto es terrible para mí! Por los ángeles del cielo, está usted hablándome de una sustituta... ¡Ya no podré acostumbrarme a ninguna otra, Lilian!

—Oh, sí. Yo creo...

—Pero vamos a ver... ¿por qué dejar de trabajar? Existen en todo el mundo miles de mujeres que se casan y siguen trabajando, miss Davis. Podríamos...

—Es que me voy de Londres, ya se lo he dicho.

—Se va... ¿Adónde?

—A las Bahamas.

—¿A las...? Igual que... Un momento. ¿Ho será...?

—¿Se va usted a casar con Sean Cunningham? El se despidió la semana pasada, diciéndome que a partir del próximo mes dejará el empleo... ¿Es con él?

—Sí —se iluminó el rostro de Lilian—... ¡Sí, con él!

—¡Bueno! —Exclamó míster Hodges—. Caramba, no se puede decir que míster Cunningham me haya hecho una buena jugada, ¿verdad? Deja la compañía, y además se la lleva a usted.

—Son cosas que pasan, míster Hodges.

—Claro... En fin... Oh, vamos, por supuesto que yo no puedo ser tan egoísta, ni tengo derecho a ello. Conque Sean Cunningham, nada menos. Considero que es usted una muchacha muy afortunada... ¡Y él más que usted! En lo personal, me alegro mucho, Lilian... Por los dos, sinceramente. Los considero a ambos excepcionales... Bueno, creo que mi actitud sólo puede ser una —se puso en pie, tendiendo la mano y sonriendo—... Les deseo la mayor felicidad del mundo, de todo corazón.

—Gracias, míster Hodges. Usted ha sido siempre muy afectuoso conmigo, de modo que le tengo en gran estima. Pero...

—Vamos, vamos... ¡Hijita, es fácil comprender sus ilusiones! Margaret me va a compadecer cuando le diga que tendré que cambiar de secretaria otra vez... Pero estoy seguro de que se alegrará mucho por 'usted. Espero que vendrá a despedirse particularmente de nosotros... Podría venir a la granja... con míster Cunningham.

—Se lo diré a él. Y no creo que tenga ningún inconveniente. Es tan amable y considerado...

—¿Míster Cunningham? —exclamó Hodges.

Lilian se echó a reír alegremente.

—Ya sé que le sorprende..., igual que me sorprendió a mí. Pero él es maravilloso... ¡Maravilloso!

—Para conseguir ese estado de ánimo en usted, no podría ser de otro modo —murmuró Hodges, perplejo—. Pero parece tan serio, tan... mecanizado...

—Oh, no, no, no lo es —volvió a reír Lilian—... ¡No lo es!

—Pues me alegro. Bien, hay que aceptar los hechos... ¿Cómo va a llamar al perrito?

—Mmm... No sé. Es tan gordito y peludo... ¿Qué le parece «Bolita»?

—Es un nombre simpático —sonrió míster Hodges—... «Bolita». Y no creo que él proteste nunca.

—Lo querré mucho, mucho, mucho... Y siempre me hará pensar en usted, míster Hodges.

CAPITULO XI

Creo que nos volveremos a ver —dijo Richard—... ¿No te gustaría ir de luna de miel a las Bahamas, Frances?

—¡Me encantaría! —exclamó ella—. ¡Qué idea tan magnífica, Dick!

—Siempre serán bien recibidos —aseguró el imperturbable míster Cunningham, sentado en un sillón, cerca de Lilian—... Les enviaremos nuestra dirección en Nassau tan pronto nos hayamos instalado.

—En el fondo, le envidio —aseguró Richard—... No sólo por ir a vivir allá, míster Cunningham, sino por la decisión que demuestra usted: refleja un gran carácter irse lejos de casa para ganar menos dinero y trabajar más.

—El dinero es sólo una consecuencia del trabajo —aseguró Cunningham —. Es decir, que mientras yo siga evolucionando en mis estudios, siempre iré ganando más dinero. Por otra parte, no me preocupa demasiado, ya que tengo fortuna propia.

—¡No me habías dicho eso! —exclamó Lilian.

El miró afablemente a su prometida.

—¿Crees que tiene importancia?

—No —sonrió ella, dulcemente—. No, Sean; ninguna.

—Sobre eso podríamos discutir largamente —frunció el ceño Richard—... Pero estropearíamos esta agradable reunión.

Los cuatro se echaron a reír. Lilian estaba viviendo como en un sueño. Un hermoso, maravilloso sueño. Su vida ya no era vacía, ni solitaria, ni aburrida. La «bombonera» estaba tan llena... Era el mismo lugar, el mismo apartamento, pero parecía otro. Un solo suceso: la aparición de, un hombre en su vida, lo había cambiado todo de modo radical, increíble.

Sean Cunningham miró su reloj.

—Creo que debo retirarme —dijo.

Lilian abrió la boca para protestar, pero la cerró en el acto, sin haber dicho una sola palabra. Si él decía que era hora de retirarse, pues... era la hora de retirarse.

—El último trago —dijo Richard—.., Pero se ha terminado el hielo.

—Iré a por más —se puso en pie Lilian.

—Te acompaño —la imitó Frances.

Fueron a la cocina, y Lilian sacó cubitos de hielo del frigorífico, mientras Frances comentaba:

—Es un hombre con gran estilo, querida. Y aterradoramente guapo.

—Sí —rió Lilian—... |Es verdad! ¿Querrás creer que hace seis meses que lo conozco y siempre me había parecido... feo y sombrío? Y hasta me resultaba antipático.

—¡Mo estás hablando en serio! —Rió Frances—. Vamos, sólo con ver a un hombre así, cualquier mujer... ¿Qué te pasa?

—Nada... Nada.

—Lilian, tú no estás bien —susurró™. Te noto pálida, y parece como si...

Frances siguió hablando, hablando... Pero Lilian no la oía. Lo que estaba oyendo era el silbido. El silbido de una bomba cayendo, rasgando el aire, cada vez más intenso, más fuerte... ¡PIIIIIIIIII...! La bandeja de los cubitos de hielo escapó de sus manos, y las alzó, tapándose los oídos. El sonido se amortiguaba, pero seguía oyéndolo... De pronto, cesó. Como siempre.

Y un instante después, Cunningham y Richard aparecían en la cocina, alarmados.

—¿Qué ocurre? —exclamó Richard.

Cunningham se acercó a Lilian, le quitó las manos de los oídos, y la atrajo suavemente hacia él, contemplando preocupado el tenso y pálido rostro de ella.

—Lilian, ¿qué te pasa? ¿Te sientes mal?

—No —tragó saliva ella—... No, no... Estoy bien. Pero hoy he trabajado mucho. Había tantas cosas atrasadas...

—Resultará que abuelito tiene razón —deslizó Frances—... El insiste en que trabajas demasiado. Ese míster Hodges...

—No, no... El es muy considerado, muy amable... Ya estoy bien, de verdad. Ha sido sólo un momento.

—¿Quieres que me quede esta noche contigo? —propuso Frances.

—No, no... Ya tengo a «Bolita» —rió forzada—. Si algo ocurre, él me ayudará.

La broma no surtió demasiado efecto, ya que los tres seguían contemplándola con evidente preocupación,

—Creo que deberíamos llamar otra vez al médico —sugirió Richard.

—De ninguna manera —rechazó ella—. Estoy bien. Por favor, no insistáis más. Vamos a tomar el último trago, y rae acostaré. Sí, es un poco tarde ya,.. Y tengo que darle e\ biberón a «Bolita». No me mires así, Sean: estoy bien, de veras.

—Por supuesto, querida. De acuerdo, tomemos el último trago, y te retiras a descansar. Yo creo que sería conveniente que miss Ashenden se quedase contigo. Si ella se ofrece tan amable...

—No —cortó ella—. Oh, por Dios, es suficiente.

—Como quieras.

Diez minutos más tarde, Sean Cunningham, Richard Hendrix y Frances Ashenden se retiraron. Lilian cerró la puerta, suspiró, y miró el reloj, cuyo tic-tac ya no tenía importancia para ella. Volvió a suspirar, fue a la cocina, y preparó el biberón para el cachorro, que encontró poco después dormido en su cesta, colocada en un rincón de su dormitorio.

«Cuando tenga hambre se despertará —pensó—. ¡Qué gracioso es...! Me parece que hemos sido crueles con él y con su madre, al separarlos tan pronto... Pero yo también lo voy a querer mucho, pobrecillo...»

Bostezó ruidosamente, cosa que le sorprendió. Dejó el biberón en el suelo, se incorporó y fue hacia su cama. Tenía un sueño terrible, y se dijo que era lo

mejor. Mientras durmiese, no oiría aquel silbido... Aquel silbido que tan solo ella oía. Porque desde luego, Frances no lo había oído antes, en la cocina... Ni tampoco el otro día. No lo oía nadie más que ella. Se preguntó si le haría algún bien acudir a un psiquiatra y explicarle lo del silbido. Quizá encontrasen una solución, o, al menos, una explicación. Se confiaba mucho en la psiquiatría, que resolvía no pocos casos raros. Quizá lo de ella era algo subconsciente, algún recuerdo... Silbido de bombas... Cuando tenía dos o tres años, los alemanes habían bombardeado Londres, un día tras otro, durante mucho tiempo... ¿Podría ser que algo relacionado con aquello estuviese brotando ahora en su mente?

Se puso el camisón, se acostó, y parpadeó pesadamente...

CAPITULO XII

Se despertó de pronto. Vio la oscurecida blancura del techo, reflejando la luz de Growvenor Street. ¿Por qué se había despertado? ¿Qué hora debía ser?

Se volvió, encendió la lamparilla de noche, y se sentó en la cama. Todavía no había amanecido, de modo que no comprendía...

Su boca se abrió, se desencajó a punto de lanzar el terrible alarido de espanto sin límites. Pero algo en su mente le ordenó silencio, y lo consiguió. Quedó congelada por el más grande terror, notando un frío intensísimo en todo el cuerpo, el vello erizado... Sus ojos, desorbitados, estaban fijos en la cabeza de «Bolita», que yacía sobre la colcha, a los pies de la cama.

La cabeza.

Sólo la cabeza del cachorro. Temblando, fue alzando sus manos, y las miró. Miró las manchas de sangre en ellas. Y también había manchas en la ropa de la cama, y en su camisón...

Le parecía que el corazón fuese a saltar en miles de pedazos, sentía un dolor agudo en el pecho, en la garganta... Su mandíbula comenzó a temblar convulsivamente, mientras pensaba que debía dejar de mirar la decapitada muestra de horror de aquella noche, allí a sus pies, sobre la colcha manchada de sangre...

Como en sueños, se puso en pie junto a la cama. Al mover el pie derecho tocó algo redondo y peludo sobre la alfombra... Bajó la cabeza, la mirada... El cuerpo decapitado de «Bolita», sobre un manchurrón de sangre.

Caminando como un autómata, fue a la cocina. Allí, se quedó mirando el cuchillo lleno de sangre, sobre el mármol.

—Dios mío —latió el pensamiento en su mente—... Otra vez... ¡Lo he hecho otra vez!

Tic-tac, tic-tac, tic-tac...

Volvía a oír el reloj.

Le había cortado la cabeza a «Bolita».

Le había cortado la cabeza a «Bolita».

Le había cortado la cabeza a «Bolita».

Le había...

Tic-tac, tic-tac, tic-tac...

—Tengo que hacer lo mismo que la otra vez. No ha sido culpa mía, yo no lo he hecho... No lo he hecho. Tengo que hacer lo mismo que la otra vez. Me llevaré a «Bolita», y lo enterraré en el mismo sitio, con aquel brazo...

CAPITULO XIII

No está —se estremeció—... ¡No está!

Apenas había amanecido, pero la claridad era suficiente para darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor... A su alrededor, sólo la calma, el silencio del bosquecillo.. Estaba segura de que era el mismo sitio. Sí, allí había enterrado el brazo de James Clayborn, aquel hombre desconocido para ella, al que había acuchillado para cortarle un brazo y llevárselo a la cama.

Pero el brazo no estaba allí.

—¿Me habré equivocado?

Se puso en pie, mirando a todos lados. Estaba segura de que aquél era el sitio exacto, pero... el brazo, el paquete conteniendo los pedazos del brazo, no estaba allí. Aunque... todo el bosque era tan igual, los árboles tan idénticos... ¿Cómo podía esperar distinguir un árbol de otro, en un bosque?

—Me he equivocado —musitó—... Este no es el sitio. Lo parece, pero no lo es. No importa... Mejor, así nunca sentiré tentaciones de venir a ver aquel brazo... Y también olvidaré el lugar donde voy a enterrar a «Bolita». Mejor...

Como ya había excavado el hoyo con los tenedores, metió dentro el paquete que contenía el cachorro decapitado. Luego, lo tapó, apretó fuertemente la tierra, y puso encima unas matas.

—Ya está.

CAPITULO XIV

—¿No ha traído a «Bolita»? —se sorprendió míster Hodges.

—No. Me... me pareció mejor dejarlo en mi apartamento. Aquí molestaría demasiado, míster Hodges.

—Pero ya convinimos...

—El estará mejor allí.

—Bien —parpadeó míster Hodges—... Como usted quiera, Lilian.

—Siento haber llegado tarde: me dormí.

Míster Hodges volvió a parpadear, ahora asombrado. ¿Dormirse? ¿Miss Davis se había dormido y ésta era la causa de su ligero retraso? Esto era tan asombroso para míster Hodges, tan increíble, que durante unos segundos no supo qué decir. Por fin, sonrió, comprensivo.

—Eso le puede pasar a cualquiera. Bien... ¿Dejó preparado el *dossier* de la Hawkins Mechanics ayer por la tarde?

—Sí, todo está preparado, míster Hodges. Podemos empezar ahora mismo...

Eran casi las once cuando míster Hodges miraba una vez más su reloj, sorprendido e inquieto. Dirigió la mano al interfono, pero lo pensó mejor, se puso en pie, y salió del despacho. Recorrió el corto trecho de pasillo, empujó la puerta de Lilian, y entró, procurando conseguir una sonrisa despreocupada.

—Lilian, lo de Hawkins Me... ¡Lilian!

Lilian estaba sentada ante la máquina de escribir, con el débil sol a su espalda. Míster Hodges se acercó a ella que permaneció inmóvil, con los ojos abiertos, desencajado el lívido rostro...

—Lilian... ¿se encuentra bien? ¿Qué le ocurre?

Ella lo miró, lentamente. De pronto, su boca se torció hacia un lado, en terrible espasmo, y su cuerpo se retorció en violenta arcada...

Casi tan pálido como ella, míster Hodges se abalanzó hacia el teléfono, y descolgó el auricular.

—¡Anne! —gritó—. ¡Anne, localice en seguida en el edificio al doctor Rowles y dígale que venga de inmediato al despacho de miss Davis! ¡Y avise también a míster Cunningham!

CAPITULO XV

—¿Cómo está? —exclamó Frances Ashenden.

—Muy bien, ahora. Calmada y normal... Pase, miss Ashenden. ¿No ha venido su novio?

—Está trabajando. No le he avisado... Pero he creído que yo debía venir en cuanto mi abuelo me ha avisado... Ah, hola, abuelo.

Se acercó a Lawrence Ashenden, que estaba sentado en uno de los sillones del living de la «bombonera». Ashenden se puso en pie, tendiendo la mejilla.

—Has tardado mucho —refunfuñó.

—Estaba en el probador, y luego tuve que vestirme. Ya sabes que quería comprarme el modelo que...

—Está bien, está bien... Ve con ella, procura que esté bien, y ocúpate de que nada le falte.

—Sí, abuelo. ¡Pobre Lilian! ¿Qué debe ocurrirle?

Se fue hacia el dormitorio, y Cunningham que había permanecido apoyado en la puerta, fue a sentarse en el sofá, con el ceño fruncido, pensativo, un poco pálido...

—Esa pobre muchacha trabaja demasiado —persistió en su teoría Lawrence Ashenden—. Espero que después de esto acepte mi empleo. Conmigo no... Oh, bien... Olvidaba que usted y ella... Bueno, creo que es lo que más le conviene. ¿Ella trabajará en Nassau, míster Cunningham?

—No, si no lo desea, míster Ashenden. Por mi gusto, desde luego, no trabajaría.

—Ah, espléndido... ¿Se encuentra usted bien?

—¿Yo? Por supuesto...

—Le noto muy preocupado, muy...

—Es natural míster Ashenden: amo a Lilian.

—Claro. Sí, caramba, es natural... Bueno, yo espero que no será nada importante. Seguramente, es una recaída de la vez anterior. Eso es todo.

—Sí, seguramente.

—Dentro de un par de días volverá a estar bien.

—Así lo espero.

—Lilian se ha dormido —informó Frances reapareciendo en el living—... parece agotada. Supongo que ha estado aquí el doctor Meadows...

—No —negó Cunningham—. La atendió el médico de nuestra empresa; vino aquí con nosotros, y él se ha ocupado de todo. Espero que no habrá diferencia. ¿Van a quedarse ustedes aquí?

—Sí...

—Se lo agradezco mucho —Cunningham se puso en pie—. Voy a volver al trabajo tranquilo, en ese caso. Normalmente, no tendría necesidad de hacerlo, pero mi marcha a las Bahamas requiere una puesta al día intensiva al resto del personal especialmente al nuevo jefe de las computadoras.

—Lo entendemos —sonrió Frances.

—Cuando Lilian despierte, díganle, por favor, que volveré a la tarde. Hasta entonces. Ha sido un placer, míster Ashenden.

—Lo mismo digo —murmuró Lawrence Ashenden; pero cuando Sean Cunningham hubo abandonado el apartamento, masculló—: no me gusta nada ese sujeto, Frances.

Esta lo miró sorprendida.

—¿No te gusta míster Cunningham? —exclamó.

—Ni pizca.

—Vamos, vamos, abuelo... Es un caballero muy agradable, correcto, simp...

—Es frío como un pez.

—¿Frío?

—Sí. Tampoco me gusta su expresión. Parece que esté pensando siempre... en cosas lejanas. Y en absoluto agradables.

—A mí me parece que no estás juzgando con ecuanimidad a míster Cunningham, abuelo.

—Es posible. Pero tú no entiendes de esas cosas —soltó un bufido—. De otro modo, jamás habrías aceptado a ese estúpido de Richard Hendrix.

Frances enrojeció violentamente.

—Dick no es ningún estúpido. Ni otras personas que a ti te parece que lo son... No deberías erigirte en juez de nadie, ni querer que todas las cosas sean como tú quisieras que fuesen, abuelo. Cada cual...

—¡Tonterías! Déjame en paz, pequeña... Y ya verás cómo no tardando mucho te darás cuenta de que las cosas son lo que yo digo. Bueno, me voy un rato al centro. Cuida bien de Lilian.

—Espero saber hacerlo.

Lawrence Ashenden la miró, sorprendido. Acabó echándose a reír. Y todavía reía cuando salió del apartamento, de la «bombonera».

CAPITULO XVI

—Me pareció que debíamos celebrarlo —sonrió míster Hodges, mostrando la botella de champaña—... Es Frances, naturalmente.

—No ha debido molestarse, míster Hodges —sonrió Lilian.

—¡Ya lo creo que sí! Tiene muy buen aspecto, ¿no Je parece, Cunningham?

—Muy bueno —sonrió Sean Cunningham.

—Yo tendría muy buen aspecto si me pasase cuatro días en la cama, bien cuidado, mimado... —dijo Richard Hendrix—, ¡no creo que eso le siente mal a nadie! En cuanto a su botella de champaña, míster Hodges, quisiera saber si es sólo para tres o podemos beber cinco.

—Por supuesto que está invitado, míster Hendrix —sonrió Hodges.

—Eres un descarado, Dick —rió Frances.

—Quizá. Pero una copa de champaña Frances vale la pena. Deme esa botella, míster Hodges: verá que soy un experto en descorcharla. Ve a buscar la copas, Frances: que nuestra enfermita no se moleste.

—Oh, yo puedo... —empezó Lilian.

—Yo lo haré —rió Frances.

—Tiene usted unos amigos simpáticos —opinó Hodges—... Según creo, se merecen el champaña y mucho más. Aunque no sé por qué lo celebro, francamente —se compungió de pronto—... cuando me vaya a dar cuenta, usted se habrá marchado. Pero, en fin, creo que sí... Hay que celebrar su recuperación. Bien..., ¿quedamos de acuerdo, entonces? ¿Todo entendido, Cunningham?

—Sí, desde luego. Mañana temprano, Lilian y yo estaremos en su granja.

—Ha sido usted muy amable —murmuró Lilian.

—Tonterías... Tres días allí le sentarán de maravilla y acabará de recuperarse, ya verá. Cunningham tiene ya prácticamente seleccionados a los demás en su puesto, así que puede quedarse allí también. En cuanto a mí —suspiró con pesadumbre—, todavía tengo el día de mañana por delante... ¡Todo el terrible viernes! Y eso que esta noche me llevo trabajo a mi apartamento de la ciudad...

—Si quiere que durante el fin de semana yo haga...

—No, no, por Dios —protestó Hodges—.... ¡Pues sí que sería una bonita invitación la mía! Usted tiene que descansar, Lilian, eso es todo. El lunes... a empezar de nuevo. Oh, por cierto, ya que por fin va a ir a mi granja, podría escoger otro cachorro para usted, Lilian.

—No —palideció ligeramente ella—... No, no, gracias.

—Es extraño que un perrito tan pequeño haya podido marcharse de su apartamento, y perderse —murmuró míster Hodges.

—Yo creo —dijo Frances, acercándose ya con las copas llenas en una bandeja— que quizá el animalito escapó cuando trajeron ustedes a Lilian.

Pudieron dejar la puerta abierta, no se fijaron en él y llegó hasta la calle. O, sea, que lo robaron.

—No seas dramática —rió Hendrix—... Si el animalito era tan lindo, puede que algún niño decidió considerarlo un regalo del cielo, o algo parecido, al encontrarlo afuera.

—Es una buena teoría —admitió Sean Cunningham— A todos los niños les gustan los perros.

—El mejor amigo del hombre —aseguró Richard—... después de la mujer, claro.

Todos rieron el viejo chiste, míster Hodges brindó a la salud de Lilian, ante la complacencia general. Luego, tras una mirada al reloj, se apresuró a despedirse, asegurando que tenía muchísimo trabajo aquella noche en su apartamento. Lilian lo acompañó hasta la puerta,, mientras Richard Hendrix, aprovechando que Frances iba a la cocina a dejar las copas, se inclinó hacia Cunningham y le soltó un brevísimo chiste picante de última hora, que hizo sonreír al inalterable Sean.

—Es extraordinariamente amable míster Hodges —dijo Lilian al regresar, sentándose de nuevo junto a Cunningham—... ¿De veras no te disgusta pasar tres días en el campo, Sean?

—Al contrario, querida. Lo haría por gusto, pero con mucho más motivo si ello va a contribuir a tu definitiva recuperación. ¿Estás segura de que te sientes lo bastante bien para ir allá?

—Sí, sí...

—Dick —apareció Frances procedente de la cocina—, creo que deberíamos marcharnos ya: la película empieza a las nueve v cuarto.

—Ah, sí —Hendrix miró su reloj—... Bueno, podemos ir tranquilamente. Caramba, lo paso muy bien aquí, Lilian: la vamos a echar mucho de menos.

—Desde luego —asintió Frances—. Y hay algo que me tiene un poco preocupada: ¿quién o quiénes serán los nuevos vecinos cuando dejes el apartamento?

—No pensamos dejarlo —dijo Cunningham—. Creo que es conveniente tener domicilio en Londres, así que nos lo quedamos.

—¡Oh, cuánto me alegro! Cada vez que...

—Bueno —frunció el ceño Hendrix—: ¿se hace tarde o no se hace tarde para ir al cine?

—Ah, sí. Bueno, adiós, hasta mañ... No. Hasta el lunes, supongo.

—Sí —sonrió Lilian—: hasta el lunes.

—Yo también me voy —se puso en pie Cunningham.

Lilian lo miró suplicante.

—¿Qué prisa tienes? Podrías quedarte un rato más...

—Es mejor que te acuestes pronto —sonrió él—. No olvides que vendré a buscarte nada menos que a las seis de la mañana. Si queremos desayunar por el camino, y llegar á la hora que míster Hodges le ha dicho a su esposa por teléfono...

—Convencida, convencida —alzó las manos Lilian.
—¿Lo llevamos, Cunningham? —ofreció Hendrix.
—No, gracias. He traído mi coche.
—Bueno, vámonos —rió Frances—... Deja de mirarlos, Dick.
Riendo, la pareja abandonó el apartamento, y Lilian se abrazó dulcemente a Sean Cunningham, en silencio. Cuando él terminó de besarla, suspiró... se dirigió hacia el office, lo abrió y tomó su paraguas y su sombrero.
—Algún día no tendrás que dejarme sola —susurró.
—Un día muy cercano —asintió él—. Mientras tanto, quizá te parezca un poco tonto por no intentar quedarme ya.
—No —enrojeció ella—... Está bien así, mi amor.
—Celebro que pienses de ese modo. Todas las cosas hay que hacerlas siempre bien, Lilian. Hasta mañana.
La volvió a besar, y se fue. Lilian estuvo unos segundos inmóvil ante la puerta. Luego, corrió hacia la ventana, y pudo verlo salir, siempre tan impresionante. Como siempre, él se volvió, y la saludó quitándose el sombrero. Era tan correcto, tan considerado... Segundos después, Sean Cunningham se había esfumado entre la niebla que se iba espesando, espesando, espesando...
«En las Bahamas no hay niebla... —pensó Lilian—. Espero que me guste.»
Era pronto para acostarse, y decidió escuchar música un rato.
—*El Moldavia*... —dijo en voz alta, sonriendo—. Parece que a él le gusta mucho. Y yo quiero conocer muy bien todo lo que a él le gusta.
Puso el disco, y se sentó en el sofá, recogidas las piernas. El ambiente era tibio, suave, amable. La «bombonera». Ya no le parecía un elegante y aséptico lugar impecable, sino un lugar con calor humano. Se dio cuenta de que, en realidad, no estaba escuchando la música, sino que ésta era únicamente el fondo de sus placenteros pensamientos...
«Es un hombre maravilloso. Pero no entiendo esto... Claro que es tan serio que yo tenía que pensar incluso que era un poco tétrico. Supongo que lo que pasa es que todo él es el clásico inglés que describen en las películas... En las extranjeras, principalmente. Supongo que si necesitasen un anuncio de publicidad en el que tuviera que aparecer un gentleman, querrían contratarlo a él. Ha estudiado nada menos que en Eaton... Oh, estoy segura de que él no se prestaría a hacer publicidad con su persona. No es que sea nada vergonzoso, claro está, pero es demasiado serio...»
Sean T. Cunningham ocupaba por completo sus pensamientos. La música no existía. Ya, ni siquiera como fondo.
Sonrió al recordar lo que significaba la T: Tobiah... Sean Tobiah Cunningham.
«Es como si me hubiese hipnotizado, como si se hubiese apoderado no sólo de mi corazón, sino de mi mente... Si ahora él me dejase, yo... yo creo que querría morir...»
De pronto, se dio cuenta de que la música había terminado. Se censuró a sí

misma no haberla escuchado, y volvió a poner la aguja en el principio del disco. Esta vez iba a prestarle verdadera atención.

Y lo hizo. Escuchó *El Moldavia*, y luego dos discos más, uno de ellos fue Nocturno, de Chopin. Lo bueno es siempre bueno. También escuchó *Canción de Primavera*, de Mendelsshon de Listz, y se fue al dormitorio. Se desnudó, se puso el camisón, y regresó al living. Encendió un cigarrillo, que le duró hasta el final de la Rapsodia.

Apagó el cigarrillo en el cenicero y bostezó.

«Qué sueño me ha entrado de pronto», pensó.

Y al día siguiente tenía que levantarse a las seis... Lo mejor era acostarse ya. Lo hizo, y se quedó mirando al techo, sonriendo. Se sentía bien, estupendamente bien. Desde el lunes no había vuelto a oír el silbido, y, sin duda, eso quería decir que, fuese lo que fuese lo que había tenido, ya no lo tenía, ni volvería a tenerlo...

Se quedó dormida, de pronto.

CAPITULO XVII

Debían ser las doce y media de la noche cuando Richard Hendrix detuvo su coche delante del edificio de apartamentos. Paró el motor, y se volvió hacia Frances, sonriendo.

Ella también sonrió, quizá con una cierta crispación. De pronto, se abrazó a él,, y se besaron apasionada, largamente. El tuvo que apartarla, y luego la empujó por un hombro.

— No lo alarguemos más, Frances —susurró—... Ni tú ni yo podríamos resistirlo; no somos de piedra.

Ella asintió con la cabeza, tomó su bolso, y salió del coche.

Abrió el portal, entró y apretó el botón que encendía la luz de la escalera. La del vestíbulo se proyectó hacia la calle, hacia la niebla, tiñéndola de amarillo.

Subió lentamente hasta el segundo piso, sacó el llavín, lo introdujo en la cerradura... Entró, dio la luz, cerró la puerta... Se volvió...

Y un grito largo, agudo, desgarrador, terrible, brotó de su boca, incontenible, fuerte, potente, histérico...

—¡AAAAAAAAAAAAA...!

Sus ojos desorbitados estaban fijos en Lawrence Ashenden, que estaba en pijama, tendido en el centro del living.

Era horrible.

Todo su cuerpo estaba manchado de sangre, el pijama destrozado, revuelto... Tenía cortes y sangre por todas partes, y su cabeza, vuelta hacia un lado, tenía una postura grotesca. Sus ojos estaban abiertos, reflejando un espanto y una sorpresa alucinantes...

Afuera, en el descansillo, se oían voces, y pareció que esto hacía reaccionar a Frances. Se volvió velozmente, abrió la puerta, y salió como disparada... Para encontrarse en los brazos de míster Parson, chillando, chillando, chillando...

Míster Parson estaba palidísimo, y no sabía qué hacer. Optó por sacudir enérgicamente a la muchacha, gritando a su vez, pidiéndole que se calmara... Abajo se oyó el batir de una puerta, y segundos después aparecían en el piso de arriba mistress y míster Dowlin, tan aterrados como los Parson, en ropa de dormir, poniéndose las batas...

—¿Qué ocurre? —Exclamó míster Dowlin—. ¡Creíamos que algo volvía a ocurrirle a miss Davis...!

—És miss Ashenden... —tartamudeó mistress Parson—. Oh, Dios mío, está como loca...

—¡Déjeme a mí! —gritó míster Dowlin.

Se acercó a Frances y a Parson, los separó, y propinó una sonora bofetada a la muchacha, que se tensó, enmudeciendo de pronto. Y también de pronto se dejó caer al suelo, quedando sentada, con el rostro oculto entre las manos,

sollozando, convulsa.
—Lo... lo siento... —tartamudeó míster Dowlin—. Pero estaba tan... tan...
—Pero ¿qué ha ocurrido? —Preguntó casi histéricamente su esposa—. ¿Por qué gritaba así miss Ashenden...?
—No lo sé —se desconcertó míster Parson—... Vamos a ver si el señor Ashenden sabe algo... Por fuerza tiene que haberse despertado con esos gritos.
Fue a la puerta..., pero se quedó en el umbral, paralizado de espanto. Por encima de su hombro, sonó el grito tremolante de su esposa, que cayó hacia atrás casi desvanecida, en los brazos de míster Dowlin, que respingó.
Míster Parson consiguió volverse, y tapó la entrada al apartamento, abriendo los brazos—. Estaba pálido como un muerto.
—No entren —chilló—¡Ni miren ahí dentro!
Para asegurarse de que ambas cosas serían cumplidas, cerró la puerta, y echó a correr hacia su apartamento. Los Dowlin atendían a mistress Parson, que se agitaba y gemía, tan pálida como su marido. Decía cosas que no podían entender, pero que poco a poco fueron teniendo significado:
—...Sangre... Horrible... ¡Pobre míster Ashenden...! ¡Oh, Dios mío, es horrible, horrible...!
—Por favor, mistress Parson, cálmese —pidió el atribulado míster Dowlin —... Cálmese.
—Lo han matado... ¡Lo han matado!
—¿A quién?
—¡A míster Ashenden! Está ahí, muerto, lleno de sangre... Me siento mal, muy mal...
Por la escalera apareció Richard Hendrix, subiendo a toda velocidad. Vio a Frances sentada en el suelo, sollozando fuertemente, y se abalanzó hacia ella.
—Frances... Frances... Por Dios, ¿qué ha pasado?
—Lo han matado...
—Mistress Parson dice que han matado a míster Ashenden —murmuró Dowlin.
Richard Hendrix se puso en pie, fue hacia la puerta; la empujó, estuvo un par de segundos mirando, y volvió a cerrarla, volviéndose de nuevo hacia Frances. La ayudó a ponerse en pie y la mantuvo abrazada.
—Está bien —susurró—... Está bien, Frances, ya ha pasado...
Míster Parson apareció en la puerta de su apartamento.
—La policía vendrá en seguida —dijo.
Richard Hendrix fue a decir algo, pero justo entonces, abajo, en el piso primero, oyeron los fortísimos golpes en la madera, y la recia voz de hombre:
—¡Lilian! ¡LILIAN!
—¡Es Cunningham! —aulló Hendrix.
—¿Qué hace aquí a estas horas? —se pasmó Frances.
Hendrix se lanzó escaleras abajo, seguido por Dowlin y Parson. Los golpes seguían sonando con fuerza y, cuando llegaron al descansillo del primer piso, vieron a Sean Cunningham arremetiendo con los hombros contra la puerta del

apartamento de Lilian.

—¡Cunningham! —Gritó Hendrix—. ¿Qué...?

—Ayúdeme —ordenó Cunningham, jadeando, ligeramente—. Vamos a echar la puerta abajo.

—Pero...

—¡Le digo que me ayude!

Aturdido, pálido, Hendrix obedeció. Con dos golpes más de ambos hombres a la vez, la puerta se abrió con violencia, arrancada la cerradura, astillada la madera... Entraron tambaleándose, casi cayendo al suelo, Cunningham se estabilizó de inmediato y encendió la luz.

—¡Lilian! —llamó, corriendo ya hacia el dormitorio.

Llegó allí, encendió también la luz, y miró hacia el lecho. Se quedó inmóvil, lívido de pronto.

—Santo Dios —oyó tras él la voz de Richard Hendrix, como rota.

Lilian estaba en la cama, al parecer, dormida. Se veían en su rostro manchas de sangre, y también en su mano derecha, que estaba fuera del embozo.

Cunningham fue hacia allí y se quedó mirando a la muchacha. Tras él volvió a sonar la voz de Hendrix:

—Está muerta... ¡También la han matado!

Cunningham destapó parcialmente a Lilian, y miró la otra mano, también manchada de sangre. Como el camisón, corno las sábanas y la manta... Puso las yemas de dos dedos en la garganta de Lilian, y movió la cabeza negativamente.

—Ella no está muerta —susurró—... Sólo dormida.

—¡Dormida, con estos gritos...! ¡No es posible! ¡Y está llena de sangre! ¡Es como... como si...!

Richard Hendrix se calló de súbito. Cunningham se volvió, lo miró, y frunció el ceño. Iba a decir algo cuando afuera se oyó con toda nitidez la llegada de dos o tres coches. En la puerta del dormitorio, petrificados de espanto, aturdidos por completo estaban míster Parson y míster Dowlin.

—La policía —tembló la voz del primero—... Ya está aquí.

—Es mejor que no toque nada —susurró Hendrix— .. ¿Me oye, Cunningham?

Sean Cunningham volvió a fruncir el ceño. Se inclinó sobre Lilian, la tomó por los hombros, y la sacudió.

—¡Lilian! ¡Lilian, despierta! ¡LILIAN!

Sus sacudidas eran fortísimas. La cabeza de la muchacha era zarandeada con tal fuerza que parecía ir a saltar arrancada de un momento a otro. Hasta que, a los pocos segundos, Lilian abrió los ojos, y miró aterrada a su alrededor. Vio el rostro de Cunningham, y se calmó de improviso.

—Sean...

Oyó las fuertes pisadas en la entrada de su dormitorio, y miró hacia allí, sus ojos se desorbitaron al ver entrar a míster Parson, míster Dowlin, otro

hombre que no conocía y un policía de uniforme... Como de lejos, llegaba el rumor de más pasos, voces excitadas, órdenes...

De pronto, Lilian Davis miró su camisón, y luego sus ensangrentadas manos.

—Dios mío —gimió—... Dios, ¿a quién he matado esta vez?

CAPITULO XVIII

El médico forense de Scotland Yard salió del dormitorio, por fin. Cuando apareció en el living de la «bombonera», Cunningham y Hendrix se pusieron en pie. Frances continuó sentada en el sofá, como aniquilada, lívida a más no poder. En la puerta, un policeman permanecía de pie, imperturbable. Arriba estaban míster Dowlin y míster Parson, con la Policía. Las esposas de ambos estaban en el dormitorio de Lilian.

—Temo que habrá que internarla... —dijo el médico—. Esas dos damas la están ayudando ahora a lavarse y vestirse.

—¿Internarla? —susurró Cunningham.

—Así es. Es triste decirlo, pero se halla completamente desquiciada. Y no me sorprende, la verdad. Es un caso... curioso y escalofriante de... Bueno, digamos, desdoblamiento de la personalidad. Desde luego, ha admitido haber matado a cuchilladas a míster Ashenden.

Y ha dicho bien claro que no es la primera vez que mata...

Frances gimió agudamente, y escondió el rostro entre las manos. Hendrix, no sabía qué hacer. Sean Cunningham estaba demudado.

—¿Sería tan amable de explicarme eso del desdoblamiento de la personalidad, doctor? —susurró.

—Le explicaré el caso concreto de miss Davis en pocas palabras... —asintió el médico—. Miss Davis no sabe lo que hace cuando lo está haciendo. Ella se acuesta, se duerme... y luego se despierta. No la miss Davis que ustedes conocen, sino otra miss Davis... La del silbido.

—¿La del qué?

—Ella ha dicho algo de un silbido que oye. Asegura que lo oye sola, nadie más. Y cuando oye ese silbido, tarde o temprano comete una muerte. Ha hablado de un tal James Clayborn, al que dice que además de matarlo, le cortó un brazo. Y también... Bueno, también asegura haber decapitado a «Bolita»... ¿Quién es «Bolita»?

—Un perro. Un cachorro que creíamos que se había perdido.

—Pues parece que no se perdió. Ella le cortó la cabeza. Desde luego, éste es un caso fantástico, pero admisible. La mente humana tiene resortes que todavía no conocemos. Es un caso muy penoso el de esa muchacha, y, por supuesto, será estudiada a fondo.

—¿Qué... qué le harán...? —preguntó Richard.

—¿Se refiere a la ley? No lo sé. Eso no es lo mío. Por el momento, desde luego, la vamos a internar en una clínica, para ser sometida a tratamiento psiquiátrico en principio.

—¿Quiere decir que está... que está...?

—¿Loca? —El médico movió la cabeza—. No lo sé. La locura es una cosa muy relativa, joven. De lo que no cabe la menor duda es que en estos momentos miss Davis está completamente trastornada... No loca, sino... fuera

de sí. Como alucinada, o hipnotizada...

—¿No podré hablar con ella? —preguntó Cunningham.

—La respuesta es: ¿podrá ella conversar coherentemente con usted?

Sean Cunningham tragó saliva.

—Entiendo.

Se sentó en un sillón, siempre erguido, siempre con modales y compostura perfecta. El médico forense se fue en busca del inspector Mac Tavish, que dirigía la investigación en ambos pisos, secundado por sus hombres. Regresó a tiempo de esperar todavía un par de minutos la salida de Lilian Davis, que apareció acompañada por las asustadas mistress Parson y mistress Dowlin. Lilian caminaba como en sueños, pero con los ojos terriblemente abiertos, aunque vacíos de toda expresión...

Cunningham se puso en pie, dio un par de pasos hacia ella... y Lilian lo miró.

—¡No te acerques! —gritó.

—Lilian, querida, sólo quiero...

—¡No te acerques, o te mataré! No te acerques a mí nunca más, Sean Cunningham... ¿Quieres que te corte un brazo... o que te corte la cabeza? ¡No te acerques!

El médico se acercó a Cunningham, y susurró:

—Es mejor que no insista por ahora. Deje que yo me encargue de ella. Es lo mejor para todos... empezando por ella misma.

Cunningham no contestó. Las dos atribuladas mujeres se quedaron en el apartamento, mientras el médico y el policeman se llevaban escaleras abajo a Lilian. Sean Cunningham se dirigió hacia la ventana tras la cual siempre le despedía Lilian, y la vio salir, entrar en un coche de la Policía..., que segundos después desaparecía entre la niebla.

Sean Cunningham volvió a sentarse en un sillón, encendió un cigarrillo, y quedó sumido en sus pensamientos, como aislado del mundo exterior.

CAPITULO XIX

—Naturalmente —dijo el inspector Mac Tavish—, todo queda a resultas de la declaración que tendrá que hacer miss Davis cuando esté en condiciones, pero, en principió, opino que la cosa no puede estar más clara: aceptando como buena la teoría del doctor Graws, no podemos dudar de lo sucedido. Sobre todo, si tenemos en cuenta las palabras de miss Davis: ella mató estando dormida a míster Ashenden. Del mismo modo que mató al cachorro y a James Clayborn... Un caso que estaba comenzando a pesar mucho en Scotland Yard. Respecto a la muerte de míster Ashenden, insisto, todo está muy claro: hemos encontrado en la cocina el cuchillo, lleno de sangre, que utilizó miss Davis. Ella sabía que míster Ashenden estaba solo esta noche en su apartamento, y subió... En sueño o no, pero subió, armada del cuchillo. Míster Ashenden le abrió la puerta y ella se abalanzó contra él, acuchillándolo de forma espantosa. No vemos otra explicación.

—Santo Dios —murmuró Richard Hendrix.

Mac Tavish le dirigió una afable mirada.

—Entiendo que es usted el prometido de miss Ashenden, míster Hendrix.

—Sí... Así es. Habíamos ido al cine...

—Cosa que miss Davis sabía, supongo.

—Oh, sí... Sí.

—¿Subió usted con miss Ashenden esta noche, al regresar del cine?

—No, no. Era demasiado tarde ya, porque luego fuimos a tomar unas copas a un club... Yo me quedé abajo, esperando que ella me dijese adiós desde la ventana, según costumbre. Y cuando estaba esperando, oí el grito... Creí que sería otra vez Lilian...

—Sí, sí, entiendo. Bien, han sido todos ustedes muy amables y explícitos conmigo, lo cual les agradezco. Es decir... casi todos. No recuerdo que míster Cunningham me haya explicado el motivo de su presencia aquí a estas horas, ya que, según entiendo, se marchó hacia las nueve de la noche. ¿Fue así, míster Cunningham?

—En efecto —asintió Sean.

—Pero usted volvió.

—Sí. Volví.

—¿Puede decirme con qué objeto? Comprendo que la pregunta es un tanto indelicada, pero... le agradecería que me contestase, míster Cunningham.

—Pienso hacerlo —aceptó Sean—. Pero sólo se lo diré a usted, inspector.

Hubo un ambiente de cierta sorpresa por un instante. Pero no en el inspector, desde luego, que asintió con la cabeza, y se dirigió hacia un extremo del living, éste comenzó a hablar, bajo la atentísima escucha de Mac Tavish...

—Es un hombre muy raro —susurró míster Dowlin—. Siempre lo he dicho.

—¿Qué le estará explicando? —se intrigó míster Parson.

Los dos hombres fueron el centro absoluto de la atención durante cinco minutos, quizá seis. Pero la expresión de ambos era inescrutable en todo momento. Ni un gesto, ni el menor detalle revelador en ninguno de los dos. Por fin, el inspector Mac Tavish asintió con la cabeza, y dejando solo a Cunningham en el rincón, volvió ante los demás.

—Míster Cunningham me ha explicado satisfactoriamente su presencia aquí en momentos como éste —dijo, con tono amable—. Pero les agradecería que ustedes corroborasen sus palabras.

—¿Nosotros? —Exclamó míster Dowlin—. ¿Y cómo? ¿Qué palabras?

—Quisiera saber si alguno de ustedes vio a míster Cunningham en la calle, antes de que él entrase en la casa para dejar la puerta de este apartamento.

—Nosotros, no, desde luego... —negó míster Dowlin—. Mi esposa y yo estuvimos viendo televisión hasta las once menos cuarto. Luego, nos acostamos, y... nos despertaron los gritos de miss Ashenden. Así que no le vimos hasta que estaba golpeando la puerta.

—¿Y usted, míster Parson?

—Salvo pequeños detalles, hago mías las palabras de míster Dowlin —dijo Parson—. Por supuesto que no le vimos hasta ese momento.

—Gracias. ¿Y ustedes, miss Ashenden, míster Hendrix?

—¿Nosotros? —Se sorprendió Richard—. Menos que nadie, inspector. Estábamos en el cine. Y luego fuimos a tomar una copa a...

—Oh, sí, sí, perdón. ¿No vieron a míster Cunningham cuando llegaron con el coche?

—Desde luego que no. Hay bastante niebla esta noche.

Y si lo hubiésemos visto, lo habríamos dicho ya.

—Sin embargo, él sí los vio a ustedes.

—Bueno... No sé. Ignoro dónde estaba míster Cunningham y qué hacía por aquí. La explicación se la ha dado a usted, inspector, no a nosotros.

—Ah, sí, perdón... Creo que debo trasladarles a ustedes la explicación de míster Cunningham. Es muy interesante... Veamos: míster Cunningham asegura estar enamorado de miss Davis desde hace algún tiempo, pero, no se atrevía a abordarla de un modo... personal. Sin embargo, cuando aceptó ir a trabajar a Las Bahamas, se dijo que era llegado el momento de hablar con miss Davis, ya que pensaba proponerle matrimonio, y, claro está llevarla con él. Pero, como es un hombre no sólo correcto, sino en el fondo tímido para estos asuntos, cada vez que se acercaba a ella no se atrevía a hablarle. Por fin, hace un par de semanas, hizo un esfuerzo, y, un viernes, siguió a miss Davis hasta aquí, dispuesto a tener una entrevista con ella. Así que subió, llamó..., pero ella no quiso abrirle. Entonces, míster Cunningham se fue a una cabina telefónica, y la llamó... miss Davis le colgó el teléfono. Esto desanimó muchísimo a míster i Cunningham, que se retiró a su apartamento. Pero, por la mañana temprano del sábado, volvió, dispuesto a todo con tal de saber de una vez si miss Davis le aceptaría. Poco después de estar vacilando cerca de

esta casa, vio salir a miss Davis, con su coche. Y la siguió. Estaba decidido a hacerse escuchar, ya que, según asegura míster Cunningham, a él le gustaban las cosas claras...

—Pues nosotros aún no comprendemos...

—Calma. Calma, por favor. La explicación tiene que seguir todo su curso.

—Perdón —masculló Hendrix.

—No tiene importancia. Emmm... Bueno, como decía, míster Cunningham siguió a miss Davis... hasta un bosquecillo lejos de aquí, hacia el norte. Estaba desconcertado y sorprendido. Vio a miss Davis salir del coche con un bolso, adentrarse en el bosque, y enterrar un paquete al pie de un árbol. Estaba tan desconcertado, que cuando ella se fue, no acertó a seguirla. Entonces, fue a ver qué había enterrado ella junto al árbol.

—¿Y qué había enterrado? —saltó míster Dowlin intrigado.

—El brazo cortado a James Clayborn.

Hubo una exclamación colectiva de espanto, pero Mac Tavish prosiguió, imperturbable.

—Cabe imaginarse el susto que se llevó míster Cunningham al encontrar un brazo de hombre cortado en pedazos. Por supuesto, él no sabía de quién era, pero yo le he comprendido en seguida, pues no en vano en Scotland Yard estamos investigando el asesinato de Clayborn. Volvamos a míster Cunningham, cuyo estado de ánimo es fácil comprender. Estaba muy impresionado, lógicamente. Pensó en avisarnos, pero algo le retenía, quiso saber más... Se resistía a denunciar a la mujer que amaba. Así que decidió vigilarla un poco más. Y lo hizo. Miss Davis estuvo enferma una semana, tiempo suficiente para que míster Cunningham tomara una resolución: debía conocer a fondo a miss Davis, saber qué clase de mujer era en realidad. Un jueves... el pasado, según he entendido, míster Cunningham decidió solventar el asunto, y se presentó aquí. Después de más de cuatro horas en compañía de miss Davis, llegó a la conclusión: era absolutamente imposible que una muchacha como Lilian Da- vis, tan dulce, pudiese haber cometido jamás delito alguno. De modo que decidió esperar, permanecer a la expectativa, verdaderamente intrigado... El lunes de esta semana, Lilian Davis se desvaneció en el trabajo: todos los síntomas eran idénticos a su enfermedad recién salvada, tan extraña. La trajeron aquí, y, ya todo en orden, míster Cunningham volvió al mismo bosquecillo, al mismo árbol de junto al cual él había retirado el brazo cortado en pedazos. Y allí encontró el cadáver del cachorro «Bolita», decapitado. Ya alarmado, míster Cunningham nos habría llamado si se hubiese tratado de otro miembro humano, pero puesto que sólo se trataba de un perrillo, decidió seguir adelante él solo. Y se dedicó a vigilar en todo momento libre a miss Davis, sobre todo por las noches, ya que intuía que la solución podía estar ahí, en las noches. Sonambulismo, o algo parecido... Pues bien, esta noche, míster Cunningham los vio regresar a ustedes. A usted y a miss Ashenden.

—¿Qué tiene eso de extraño? —palideció Richard.

—Es que no me refiero a la hora en que descubrieron el cadáver, míster Hendrix, sino antes, hacia las once. Míster Cunningham los vio llegar, a pie, por la entrada de atrás del edificio, y entrar en éste. Ustedes salieron, según dice míster Cunningham, casi media hora más tarde, y desaparecieron en la niebla. Míster Cunningham pensó que habían olvidado algo, y por supuesto, se guardó muy bien de revelar su presencia, su... vigilancia sobre la mujer que amaba. Así que los dejó llegar y marcharse sin saludarles, sin dejarse ver. No le dio importancia, en modo alguno, a esa estancia... no declarada por ustedes, de media hora, en esta casa. Pero, a medida que se ha ido serenando, ha ido encontrando raras algunas cosas, y... para ser sincero, yo también encuentro algo raro en esto. ¿Puede decirme por qué no me informaron de esa visita por la parte de atrás? Eso aparte de que si estaban aquí, no podían estar en el cine, y, en cambio, ustedes han dicho en todo momento que sí estuvieron en el cine... ¿Pueden explicármelo, míster Hendrix, por favor? ¿O quizá será tan amable de explicármelo usted, miss Ashenden?

—Yo... Yo no..., no...

—Vinimos a buscar dinero —dijo Hendrix, tan lívido como Frances.

—Ah. ¿Y no encontraron muerto a míster Ashenden?

—No... No.

—Nuestro forense asegura que fue muerto a las once.,., minuto más o minuto menos.

—Bueno..., Lilian debió esperar a que nos fuésemos...

—Ya. Mire, míster Hendrix, llevo veinte años en Scotland Yard, y he visto toda clase de cosas. Si no hubiese nada más a qué aferrarse, yo podría dar como aceptable la teoría del forense, pero tiene que haber una explicación más... lógica que la de los sueños.

—¿Por ejemplo? —se tensó la voz de Richard.

—Por ejemplo, yo consideraría muchísimo más razonable que alguien asesinase a alguien en circunstancias más normales. También debo decirle que he escuchado coartadas de todas clases, de modo que la de ustedes, en principio, me parece francamente pobre, ineficaz... ¿De verdad vinieron a las once de la noche a buscar dinero aquí? ¿Tanto necesitaban, míster Hendrix? ¿Para qué? ¿A qué cine fueron? ¿A qué club, después? ¿Por qué llegaron por la parte de atrás del edificio, a pie, en lugar de hacerlo tranquila y normalmente por la fachada principal, dejando el coche delante de la entrada? ¿Por qué no se...?

Frances Ashenden lanzó un alarido, y rompió a llorar. Richard la miró, demudado, y lanzó un grito de rabia cuando se puso en pie, saliendo hacia la puerta, y corrió escaleras abajo.

El policeman reaccionó de modo fulminante, sacando su silbato y soplando con fuerza en él, mientras corría detrás de Richard Hendrix...

El inspector Mac Tavish no se alteró lo más mínimo. Su mirada, apacible, pero penetrante, se clavó en Frances.

—Por supuesto, lo capturarán de inmediato, miss Ashenden. Mientras

tanto, podríamos empezar a considerar la conveniencia de que usted, una vez se haya calmado, nos facilite una explicación que no dudo será más convincente que las que tenemos hasta ahora...

CAPITULO XX

Sean Cunningham vio llegar por el pasillo de aquel piso de la clínica al inspector. Mac Tavish, y se puso en pie, mirándolo con atención.

—Buenos días míster Cunningham.

—Buenos días, inspector.

—Por favor, sentémonos. Estoy muy cansado... Y me parece que usted no está más fresco que yo. ¿Ha pasado la noche aquí?

—Así es.

—Caramba, le envidio... Salvo la barba, parece usted recién salido de su vestidor. ¿Estudió en Cambridge?

—En Eaton.

—Ah, sí... Magnífico lugar para formar caballeros... ¿Cómo sigue miss Davis?

—Está descansando. Le administraron un sedante.

—Espléndido. ¿Piensa quedarse aquí todo el tiempo?

—Hasta que me aseguren que ella está fuera de peligro.

—Admirable. Oh, estoy pensando que quizá le gustaría saber lo que ha pasado en la conversación con miss Ashenden y míster Hendrix.

—Espero eso de su amabilidad.

—Bien... Ellos lo hicieron. Asesinaron al abuelo de miss Ashenden... ¿Y sabe por qué?

—Por el dinero. Tenía entendido que míster Ashenden poseía una gran fortuna.

—Sí, es cierto. Por el dinero, porque estaba demasiado saludable y era muy quisquilloso. Parece que míster Hendrix, no le gustaba como nieto político, y no se recataba de decirlo. Así que, entre su buena salud que hacía suponer una longevidad considerable, y su negativa a dotar adecuadamente a su nieta si se casaba con «ese cretino», decidieron que había que acelerar el proceso. Pero, claro está, no podían hacerlo de cualquier modo. Sabían que miss Davis vivía sola, que era tímida, impresionable, extraña, delicada, frágil... Y lo idearon todo, de modo que ella misma se convenciera de que había asesinado a míster Ashenden. Primero, pusieron en marcha lo del silbido... Una grabación en un pequeño magnetófono, tomada de una película, que se la hacían escuchar, o bien cuando ella no podía verlos y además no había nadie cerca, o bien, cuando estaba sola con ellos, que naturalmente, simulaban no oírla. Hace un par de semanas, para convencerla de que ella sí oía exclusivamente el silbido, Hendrix se procuró una especie de disfraz de anciano, y, a la salida del trabajo de miss Davis, se puso cerca de ella. Parecía que leía el periódico, pero tenía en marcha el magnetófono y claro, simuló no oírlo. Luego, la adelantó en su coche, en la cual la esperaba miss Ashenden, y llegaron antes al aparcamiento del edificio, se pusieron a besarse; después, ya conversando con ella, le hicieron escuchar de nuevo el silbido. Así, miss

Davis comenzó a pensar que ella no estaba del todo bien. Aquella misma noche, Hendrix mató a un hombre cualquiera, sabiendo que en casos así, nunca o casi nunca se encuentra al asesino, al no haber relación entre éste y la víctima...

—He estado hablando hace un momento con el médico —susurró Mac Tavish—. Y creo estar autorizado para darle un consejo, míster Cunningham. ¿Lo aceptaría usted?

—Si es un consejo razonable, desde luego.

—No vuelva usted por aquí, no quiera ver a miss Davis... hasta que ella le llame. Pueden pasar dos o tres días, quizá una semana. Pero es lo más beneficioso para ella. ¿Qué contesta, míster Cunningham?

Sean Cunningham se puso en pie, sonriendo.

—Mi respuesta a las proposiciones o consejos inteligentes, es siempre la misma, inspector: sí. Buenos días y gracias por todo.

ESTE ES EL FINAL

—Buenos días, Lilian.

—Buenos días, Sean.

Cunningham le tendió el ramo de flores, acercó una silla, y se sentó, tras depositar a los pies de la cama su paraguas y su sombrero.

—¿Cómo te sientes? —se interesó, afable.

—Estupendamente. Te agradezco mucho que hayas venido tan pronto, Sean. Yo...

—Cuatro días de espera no son demasiados..., después de esperar varios meses para atreverme a decirte que te amo.

—Pero has venido tan de prisa... No hace ni media hora que te llamé por teléfono...

—He estado preparado para venir en cualquier momento. A propósito —sacó de un bolsillo interior un sobre—, ya tengo los pasajes.

—¿Qué pasajes?

—Para Las Bahamas. Los adquirí el viernes.

—¿El... viernes? Pero ese día... Bueno, todo pasó la noche anterior... Quiero decir...

—No tenía deseos de trabajar, y me ocupé de los pasajes, de empaquetar tus cosas en el apartamento... Podemos partir en cuanto salgas de aquí.

—Sean... En cuanto al apartamento... no quiero volver nunca allí...

—Ya he avisado que lo desalquilabas. Como espero que saldrás de aquí antes de la fecha de partida te he reservado una habitación en el Claridge.

—Parece... que lo has previsto todo.

—Efectivamente.

—¿Y si yo... me hubiese vuelto loca?

Sean Cunningham frunció el ceño.

—También previne eso.

Lilian le miró con expresión desorbitada.

—¡Sean! Oh, por Dios... ¿Qué..., qué...?

—Pensé que si te volvías loca, íbamos a necesitar mucha tranquilidad, así que me he dedicado a buscar un lugar apacible, que ya no vamos a necesitar, claro.

Y también adquirí unos cuantos libros que hablan de locos. Los he estado leyendo estos días.

—Pero... ¿para qué? —gritó Lilian.

—Para aprender a parecer loco, y así poder vivir contigo, los dos solos. Los dos solos, los dos locos. Es un pequeño detalle entre dos personas que se aman.

—Oh, Dios mío..., Sean, ¿de verdad que me quieres tanto? ¿Tanto?

—No sé si es tanto, si poco o mucho, Lilian... Pero ya sabes que yo siempre hago bien las cosas. O quiero, o no quiero. Pero cuando quiero, lo

hago a la perfección, como las demás cosas. ¿Te gustan mis flores?

Lilian Davis estaba, de nuevo, volando sin alas: hechizada, subyugada, encantada, deslumbrada... Definitivamente encandilada. Allí estaba el tipo antipático aquél, Sean Cunningham, siempre impecable, siempre perfecto, siempre imperturbable, con su ropa pulcrísima, su rostro perfectamente rasurado, sus ojos negrísimos... ¡Era tan varonil...! ¡Tan guapo, tan hombre...! Sí, había estado ciega... y a punto de volverse loca. Pero todo, todo había valido la pena...

Una luminosa sonrisa, un tanto maliciosa, apareció en el bello rostro de Lilian.

—Me han gustado mucho... —susurró—. Sean, ¿serías tan amable de besarme?

—¿Cómo no, querida? Con mucho gusto. Tal como están de adelantados nuestros proyectos de boda, estoy seguro de que nadie lo consideraría incorrecto.

—¿Y si alguien lo considerase incorrecto? —se alarmó ella?

Sean Tobiah Cunningham recapacitó muy seriamente durante unos segundos, con el ceño fruncido, antes de decir, con su habitual tono firme, decidido, tajante:

—Pues... al diablo con quien fuese, si me perdonas la expresión.

Y un segundo después, Lilian Davis tenía la impresión de que ya estaba volando hacia Las Bahamas..., pero sin avión.

FIN